

La Iglesia, Cuerpo de Cristo

Nuestras consideraciones han demostrado ya que la idea de que la Iglesia es pueblo de Dios conduce a la idea de la Iglesia, cuerpo de Cristo; gracias a la caracterización de la Iglesia como cuerpo de Cristo logra su auténtico sentido el símbolo del pueblo aplicado a la Iglesia. La diferencia entre el antiguo y nuevo pueblo de Dios consiste sobre todo en que el neotestamentario pueblo de Dios es pueblo de Dios por serlo de Cristo. Mediante su unión con Cristo logra su unión con el Padre. Es, por tanto, la existencia en Cristo y por Cristo lo que hace que la Iglesia sea el pueblo de Dios del Nuevo Testamento. Desde la idea de la Iglesia pueblo de Cristo y pueblo de Dios llegamos, pues, a la cuestión de cómo debe entenderse la relación entre Cristo y la Iglesia. La respuesta a esta cuestión nos está dada en la designación de la Iglesia como cuerpo de Cristo. La imagen de la Iglesia—cuerpo de Cristo—nos ofrece el modo en que la Iglesia pertenece a Cristo y está unida a El; esta imagen tiene, por tanto, decisiva importancia para entender la Iglesia.

Expresamente ha llamado la atención sobre esta relación Nils Alstrup Dahl, *Das Volk Gottes, eine Untersuchung zum Kirchenbewusstsein des Urchristentums* (Skrifter utgitt av Det norske Videnskaps-Akademi I Oslo, II. hist.-philos. Klasse. 1954. No. 2), 224-229.

Vamos a reproducir sus reflexiones: «El concepto «cuerpo de Cristo» tal como está usado en *I Cor.* y en *Rom.* tiene dos sentidos. En primer lugar es una afirmación real: los creyentes son el cuerpo de Cristo, porque viven «en Cristo» y Cristo es místicamente la Iglesia (*I Cor.* 12, 12; 12, 13. 27; 10, 16; 6, 15; *Rom.* 12, 5). Pero también es un símbolo: el cuerpo está compuesto de miembros distintos y solidarios entre sí y también la Iglesia (*I Cor.* 12, 14-30; *Rom.* 12, 5b-8). Además la afirmación bíblica está subordinada a la idea de organismo, a la afirmación real de la unidad en Cristo. Aquí podemos remitir a las anteriores investigaciones de este concepto; en

este contexto la cuestión más importante es la de si la idea del cuerpo de Cristo es independiente de la imagen del pueblo de Dios de forma que tengamos que distinguir en San Pablo dos conceptos distintos de Iglesia o si ambas ideas están recíprocamente relacionadas.

El concepto «cuerpo de Cristo» tiene varios paralelos en el helenismo. El símbolo del cuerpo y de los miembros era de los preferidos en la filosofía popular. Pero a las afirmaciones estoicas inhiere una dualidad parecida a la que tienen los textos paulinos; junto al símbolo está la afirmación real de que el mundo o el mundo noético es un cuerpo cuyos miembros son los hombres. En este último uso el interés está no en la diversidad y recíproca referencia de los hombres—como en la idea organicista—, sino en su igualdad y unidad: como todos participan de la misma naturaleza y razón, están obligados a amar a los hombres (cfr. sobre todo Marco Aurelio 7, 13; Séneca, *Epist.* 92, 30; 95, 51). Otra analogía de la afirmación real de San Pablo aparece en la idea gnóstica del «Aion»; las partes del *Anthropos* celestial dispersas por el mundo son miembros del hombre primitivo-salvador. Es evidente que en ambos casos hay verdaderas analogías de la idea paulina, pero no es menos clara la diferencia: la concepción estoica es panteísta y cosmológica; la gnóstica es dualista y soteriológica—por lo que está más próxima a la concepción paulina—, pero el dualismo y la salvación son entendidos naturalísticamente. La concepción paulina es, en cambio, cristológico-escatológica y, por tanto, es también histórica. La cuestión es saber si hay aquí algo más que analogías, si San Pablo recogió o transformó las ideas estoicas o gnósticas. No puede negarse la dependencia de San Pablo respecto a la concepción estoica. Más difícil es decir por razones cronológicas que las afirmaciones de las primeras epístolas de San Pablo dependan también de la concepción gnóstica.

Pero objetivamente San Pablo supone el mismo concepto de Iglesia cuando habla del «pueblo de Dios» y cuando habla del «cuerpo de Cristo». El «cuerpo de Cristo» es constituido por los sacramentos y, por tanto, por la vida de Cristo (*1 Cor.* 10, 16; 12, 13). «Cuerpo de Cristo» son los cristianos por el Espíritu y en el cuerpo de Cristo es trascendida la diferencia entre judíos y gentiles (12, 13). La posición de «miembro de Cristo» obliga a una vida santa y sobre todo a evitar la lujuria (6, 15). En el cuerpo de Cristo no puede haber ningún «cisma»; los miembros deben cuidar unos de otros (12, 25; cfr. 14). Esto coincide con lo que San Pablo dice de la Iglesia cuando la llama «pueblo de Dios» o cuando no la nombra siquiera. El doble uso del concepto «cuerpo de Cristo» coincide con el doble uso del concepto de «Israel según el espíritu». A la afirmación místico-real corresponde el nuevo ser escatológico y la santidad sacramental de los «hijos de Abraham»; a la idea de organismo corresponde la obligación de los miembros del «pueblo» de vivir en santidad y unidad. Es también curioso que en *1 Cor.* 10, 16, San Pablo hable del cuerpo de Cristo y en el mismo contexto hable inmediatamente después de «Israel según la carne» (10, 18), y que en la tradición paulina de la última cena «mi cuerpo para vosotros» sea el paralelo de «la nueva alianza en mi sangre» (el cuerpo místico y el cuerpo eucarístico de Cristo son solidarios según San Pablo, cfr. 10, 16). Por tanto, podemos concluir que el concepto «cuerpo de Cristo» es una nueva caracterización de la idea del nuevo pueblo de Dios y no una concepción independiente.

La idea expresada en *1 Cor.* 12, 14 sobre el puesto del individuo dentro

de la Iglesia corresponde a la concepción judía sobre el puesto de cada israelita dentro del pueblo; el pueblo de Israel era una «personalidad comunitaria» cuyos miembros eran individuos. En el judaísmo tardío se atestigua expresamente la semejanza del pueblo de Israel a un cuerpo; Josefo usa la comparación varias veces; el estado del pueblo judío—dice—era como el de un cuerpo cuya parte más noble tuviera fiebre, por lo que todos los miembros estaban enfermos (*Bel.* IV, 406; cfr. I 507, II 264); al fin se unieron los partidos y fueron como un cuerpo (*Bel.* V 279). Aquí se trata sólo de una comparación que puede ser aplicada también al ejército romano (*Bel.* III 104, 270). Sentido más profundo tiene el uso de esta imagen en Filón. Cuando habla de que el sumo sacerdote ora por todo el pueblo, «para que... todas las partes del pueblo se reúnan en una y la misma comunidad como los miembros de un cuerpo» (*Spec. Leg.* III, 131); la armonía del pueblo judío, que es como la de un cuerpo, es, según él, una imagen de la armonía del universo, representada en el oficio del sumo sacerdote y cuya cabeza es el Logos (*Quaest Ex* § 117 *secundum Procopium*). Pero la metáfora del cuerpo no sólo era conocida para los judíos que hablan griego, sino también para los rabinos. Muy desfigurada aparece en *Midrasch Teill* 39, 2, lo que indica que hubo una larga historia judía de la comparación. Sumamente próximo a *I Cor.* 12, 12 es un texto del Mechilta R. Schimeneon Jochais: «Y un (santo) pueblo (*Ex.* 19, 6): esto enseña que vosotros sois como un solo cuerpo y una sola alma (*I Paral.* 17, 21). Si uno de ellos peca todos son castigados (*Jos.* 22, 20). Si uno de ellos sufre, todos lo sienten, pues dicho está: «una oveja descarriada es Israel» (*Jer.* 50, 17). Como en esta oveja-madre: cuando uno de sus miembros sufre, todos lo sienten; también en Israel: si uno de ellos sufre, todos lo sienten. Sin embargo, los paganos se alegran unos de otros» (Sobre *Ex.* 19, 6; Hoffmann, pág. 95). La metáfora de la oveja se encuentra también en los paralelos M *Ex.* 19, 6; 6 HR 209; pero falta la fórmula «un solo cuerpo-una sola alma» que recuerda *I Cor.* 12, 13. El hecho de que en los textos citados se hable de una oveja y no de un cuerpo se debe sólo a que los rabinos tenían que ajustarse necesariamente a un texto de la Biblia. Los textos rabínicos no hacen más que interpretar literalmente lo que San Pablo explica objetivamente. Podemos, pues, concluir que la imagen helenística le llegó a San Pablo a través del judaísmo o que en todo caso la aplicación de la terminología estoica o gnóstica fué facilitada por el hecho de que San Pablo conocía la comparación del pueblo de Israel al cuerpo.

Las afirmaciones judías no son más que paralelos del uso paulino de la idea del organismo; les falta el realismo sacramental (cfr. «una sola alma» de Mechilta R. Schimeneon Jochais frente al «un solo espíritu» de San Pablo). Lo que en San Pablo supera las afirmaciones rabínicas se funda en la nueva situación escatológica—determinada por Cristo—de la nueva comunidad. Pero con razón se ha indicado que también el sentido «místico» de la expresión «cuerpo de Cristo» tiene raíces judías: la unidad entre el Mesías y el pueblo mesiánico, entre el hijo del hombre y los elegidos. El nuevo pueblo de Dios además de poder ser comparado con el cuerpo, puede ser llamado «cuerpo de Cristo», porque en Cristo y con Cristo apareció la comunidad mesiánica. Hasta podemos decir que *I Cor.* 12, 12 debería traducirse por «así se relaciona también con el Mesías, ya que en el determinado ὁ χοῖτος resuena inmediatamente la idea del Mesías (*Rom.* 9, 5; *I Cor.* 10, 4; 1, 13;

11, 3; *II Cor.* 5, 10; *Rom.* 15, 3. 7; *Phil.* 1, 15. 17; 3, 7; *Col.* 3, 4). Sea como sea es en todo caso cierto que el presupuesto objetivo de la formación del concepto «cuerpo de Cristo» está en la idea judía de la unidad entre el Mesías y la comunidad mesiánica, en la fe cristiana en la glorificación de Cristo y en la certeza de que la comunidad «en Cristo» es el pueblo de Dios del nuevo eón. Como así estaba dada una analogía objetiva con la concepción gnóstica, sería posible que San Pablo hubiera recogido la terminología gnóstica.

Tenemos un paralelo paulino en la idea de que Cristo es el «último Adán» y el «segundo hombre» que encierra en sí—como el primer hombre—una humanidad (*I Cor.* 15, 21; 44-49; *Rom.* 5, 12-19; cfr. *Gal.* 3, 27; *Eph.* 2, 15; 4, 24; *Col.* 3, 9). Detrás de esta concepción hay especulaciones judías sobre el Mesías-Adán. Especialmente importante sería para nosotros la afirmación siguiente: «El hijo de David no vendrá antes de que todas las almas hayan terminado en el *gūf*» (b *Jeb a.* 63; b *Ab zar* 5a; b *Nidda* 13b; R *Asi y Jose*, p *Am* 3), si *gūf* se refiere al cuerpo de Adán en quien existen ya todas las almas. Esta afirmación escatológica está próxima a la idea de que al fin todos los hombres se reunirán en el «cuerpo» del Mesías, del mismo modo que al principio estuvieron reunidos en el «cuerpo» de Adán; hay que comparar esta idea con *I Hen.* 49, 3 y con la doctrina de Símmaco: «*eum ipsum (Christum) Adam esse, et esse animam generalem*» (según Mario Victorino, Migne PL VIII, 1155). Tenemos, pues, que contar con la posibilidad de que detrás del concepto místico «cuerpo de Cristo» se esconde una gnosis judía y mesiánica. En todo caso la interpretación gnóstica no excluye la judía, ya que en el judaísmo estaban ya unidas las ideas de Israel y del *Aion*; el uso del esquema cuerpo-miembros no puede documentarse a mi parecer como precristiano-judío; cfr. sin embargo, el texto de la *Obra desconocida del gnosticismo antiguo*, cap. 11, 247, Gr. chr. Schr. 13, pág. 350, y *Od. Sal.* 6, 16).

Pero para nosotros es cuestión accesoria si San Pablo recoge la terminología gnóstica no sólo en *Col.* y *Eph.*, sino también en *I Cor.* o si él mismo forma el concepto «cuerpo de Cristo» en conexión con la terminología de la última cena (y de las metáforas estoicas y judías); nos basta constatar que la comunidad es pueblo de Dios justamente en cuanto cuerpo de Cristo y cuerpo de Cristo en cuanto pueblo de Dios. El concepto «cuerpo de Cristo» es evidentemente la expresión característica de la idea paulina de la Iglesia, porque expresa con máxima claridad lo típico del nuevo pueblo de Dios. Sobre el «cuerpo de Cristo» habla San Pablo en la sección que trata de los dones del Espíritu (*I Cor.* 12-14). Para los Corintios estos dones—don de lenguas, profecía, sabiduría y saber de misterios—son los dones esenciales del Cristianismo. También para San Pablo tienen gran importancia los dones sobrenaturales del Espíritu ya que demuestran que la Iglesia vive ahora en el tiempo escatológico, en la época de la plenitud (cfr. 14, 21. 25 y *I Cor.* 2, 6 en que además de la aproximación a la terminología de los misterios no hay que olvidar la semejanza al lenguaje de la apocalíptica). Pero según San Pablo la Iglesia en cuanto nuevo pueblo de Dios no está constituida esencialmente por los carismas. Los carismas mismos están sometidos a examen (12, 1-3. 10) y sólo son valiosos en cuanto que sirven para edificar la Iglesia (14). El pueblo de Dios separado de los pueblos paganos está constituido por la fe en el Señor, Jesús, y esta fe es la piedra de toque

de si el espíritu de Dios habla realmente (12, 1-3). Lo esencial no son los distintos carismas sino la fe en el Señor, el estar dotado de espíritu, la pertenencia al cuerpo de Cristo (12, 1-3, 4-11. 12). Todos los cristianos han recibido el Espíritu Santo y por ser pneumáticos son carismáticos, miembros del escatológico pueblo de Dios, porque están bautizados (12, 13) y han dado testimonio del Señor, Jesús (12, 3). Los carismas son deseables (12, 31; 14, 1), pero sobre ellos está la caridad (12, 31b; 13, 14). Sin caridad no es nada el mayor carismático. Lo mismo que la confesión del Señor Jesús, lo mismo que Espíritu Santo y lo mismo que cuerpo de Cristo, el *agape* describe también la esencia del nuevo pueblo de Dios. Los versículos 1-7 del capítulo 13 son un canto de alabanza al *agape*, parecido a las alabanzas judías a la sabiduría o a la ley; en cambio los versículos 8-12 del mismo capítulo son una revelación escatológica y un discurso de la oposición apocalíptica entre lo «pasajero» y lo «permanente». Lo pasajero son para San Pablo los carismas ya que son sólo dones provisionales del intervalo escatológico y acaban cuando sobreviene la plenitud (13, 7-12). El *agape*, en cambio, permanece, es la esencia misma del futuro eón (13, 7. 13) y a la vez el don del Espíritu (*Gal. 5, 22*), el cumplimiento de la ley (*Rom. 13, 8-10*) y, por tanto, el elemento vital de la Iglesia, del nuevo pueblo de Dios. La vida de los cristianos debe ser vida en santidad y en unidad, pero sobre todo en caridad. Por eso el capítulo 13 es de hecho el «verdadero punto culminante» de la *Epístola a los Corintios*, de la epístola cuyo tema es la vida del nuevo pueblo de Dios».

Vamos a constatar primero el hecho de que la Iglesia es cuerpo de Cristo y después analizaremos el sentido de esta concepción.

APARTADO 1.º

LA REALIDAD DEL CARACTER DE CUERPO DE CRISTO DE LA IGLESIA

1. No es sólo opinión teológica, sino bien revelado, atestiguado por la Escritura y por la Tradición oral, que la Iglesia es el cuerpo de Cristo y que Cristo es la Cabeza de ese cuerpo. Esta caracterización nos permite la mirada más profunda y amplia—aunque no exhaustiva—sobre el misterioso ser de la Iglesia.

En la Escritura sólo los escritos paulinos explican la Iglesia como cuerpo de Cristo. No hay ninguna definición formal de la Iglesia sobre este tema, pero hay muchas declaraciones sobre él. El testimonio más amplio procede de Pío XII; en la encíclica sobre el cuerpo místico de Cristo es interpretada la Escritura desde todos los puntos de vista y su testimonio es delimitado frente a las interpretaciones erróneas. Pero también en la Liturgia de la Iglesia se expresa claramente que la Iglesia se entiende a sí misma como cuerpo de Cristo.

2. En nuestro estudio empezaremos como siempre con la doctrina de la Iglesia y el testimonio de la Liturgia. Aunque estas dos formas de la Iglesia no llegan a ser dogmas, les inhiere el carácter obligatorio de la predicación doctrinal de la Iglesia. En consecuencia la caracterización de la Iglesia como cuerpo de Cristo es de especial importancia para el teólogo católico.

1. Doctrina de la Iglesia

a) Ya transcribimos antes el texto en que Pío XII ofrece la caracterización de la Iglesia como cuerpo místico de Cristo. En la encíclica *Humanis Generis* del 12 de agosto de 1950, Pío XII recoge la doctrina de la encíclica sobre el cuerpo místico de Cristo y condena las que—como él dice—no se creen unidas a la doctrina «que nosotros expusimos hace pocos años en nuestra encíclica y que, apoyada en las fuentes de la Revelación, dice que el Cuerpo místico de Cristo y la Iglesia romana son una y la misma cosa». También hemos citado el texto que la Comisión de teólogos presentó a los padres conciliares en el Concilio Vaticano, para su estudio y redacción definitivas. Hay otra declaración de que la Iglesia es cuerpo de Cristo: procede de León XIII y en ella se apoya Pío XII.

En la encíclica *Satis Cognitum* del 29 de junio de 1896, que trata de la unidad de la Iglesia, dice León XIII sobre el tema que ahora nos interesa:

«Nada hay que ancle más profundo en el alma del hombre que la gracia que obra la santificación; los ordinarios y superiores medios de gracia son, en cambio, externos. Nos referimos a los sacramentos que son administrados por un hombre propiamente autorizado por medio de determinadas acciones externas. Jesucristo mandó a los Apóstoles y a sus continuos sucesores adoctrinar y conducir a los pueblos; y a los pueblos les mandó aceptar la doctrina de los Apóstoles y someterse obedientemente a su poder. Sin embargo, esa recíproca relación de derechos y deberes no podría tener consistencia en la comunidad de los cristianos, ni siquiera podría ser introducida, sin mediación de los sentidos que nos dan conocimiento y noticia de las cosas.

»Por esta razón la Iglesia es caracterizada muchas veces en la Sagrada Escritura como cuerpo y también como cuerpo de Cristo: «pero vosotros sois el cuerpo de Cristo» (*Rom. 10, 17*). Justamente por ser cuerpo, la Iglesia es perceptible por los ojos; pero por ser el cuerpo de Cristo es un cuerpo vivo, activo, creciente, pues Jesucristo lo protege y conserva con su fuerza, de modo semejante a como la vid alimenta y da fecundidad a los sarmientos a ella unidos. Y del mismo modo que en el ser vivo el principio vital es invisible y totalmente oculto, pero se manifiesta claramente en el movimiento y actividad de sus miembros, también en la Iglesia se manifiesta con claridad el principio de la vida sobrenatural por las obras que hace.

»De lo que resulta que caen en un error enorme y peligroso quienes se imaginan a capricho una Iglesia escondida y totalmente invisible; exactamente lo mismo que quienes ven en ella una institución humana con una especie de disciplina externa y un culto externo, pero sin continua mediación de las gracias divinas, sin los signos que diariamente revelan bien a las claras que la Iglesia recibe su vida de Dios.

»La Iglesia no puede ser lo uno sin lo otro; eso sería un contrasentido como afirmar que el hombre es sólo cuerpo o sólo alma. La unión y solidaridad de estas dos partes constitutivas es tan necesaria para la esencia de la verdadera Iglesia, como la íntima unión del cuerpo y del alma para el ser del hombre. La Iglesia no es algo muerto, sino el cuerpo de Cristo dotado de vida sobrenatural. Cristo, su Cabeza y modelo, tampoco sería completo, si sólo viéramos en Él la naturaleza humana, como Focio o Nestorio, o sólo la naturaleza divina, como los monofisitas. Sino que es un ser de dos naturalezas, la visible y la invisible. Y así su cuerpo místico es la verdadera Iglesia porque sus partes visibles reciben fuerza y vida de las gracias sobrenaturales y demás dones, de que proceden su verdadero ser y su naturaleza.

»Y como la Iglesia ha sido así constituída por voluntad y disposición de Dios, tiene que permanecer así constituída por todos los tiempos; de otro modo no habría sido fundada para todos los tiempos, y la finalidad que persigue estaría limitada espacial y temporalmente; pero ambas cosas están en contradicción con la verdad. La unión de las partes visibles e invisibles tiene que durar tanto tiempo como dure la Iglesia, pues pertenece a la esencia de la Iglesia y le ha sido dada por voluntad de Dios. Por eso dice San Juan Crisóstomo: «No te apartes de la Iglesia, pues nada es tan fuerte como la Iglesia. La Iglesia es tu esperanza, la Iglesia es tu salvación, la Iglesia es tu refugio. Está más alta que el cielo y es más grande que la tierra. Jamás envejece, siempre permanece joven de fuerzas. Por eso, para pintar su solidez y duración la Sagrada Escritura la llama monte» (*Homil. de capto Eutropio*, n. 6; PG 52, 402). Y San Agustín enseña: «Ellos [los paganos] creen que la religión cristiana sólo existirá en el mundo durante un tiempo limitado y después no existirá ya. Pero durará mientras salga y se ponga el sol, es decir, mientras duren los tiempos existirá en la tierra la Iglesia de Dios, el cuerpo místico de Cristo» [*In Ps. 71, 8*; PL 36, 906]. En otro lugar dice el mismo maestro: «La Iglesia vacilaría si vacilara su fundamento; ¿pero cómo sería posible que Cristo vacilara? Mientras Cristo no vacile, ella no se conmoventá en toda la eternidad. ¿Dónde están los que dicen que la Iglesia ha desaparecido del mundo, si la Iglesia no puede moverse ni una sola vez?» [*In Ps. 103, Sermo. 2, 5*; PL 37, 1353].

»Quien busca la verdad, tiene que construir sobre estas doctrinas fundamentales: Cristo fundó e instituyó la Iglesia. Si se quiere investigar, por tanto, cuál es su esencia, hay que saber ante todo qué quiso Cristo y qué hizo en realidad. Según esta norma hay que definir en especial la unidad de la Iglesia, de la que queremos decir algunas cosas en este escrito para utilidad de todos.

»De hecho la unidad de la Iglesia de Jesucristo se deduce a juicio de cualquiera de los magníficos y numerosos testimonios de la Sagrada Escritura con tal claridad, que ningún cristiano se atreve a negarla. Pero al juzgar más en concreto y definir más exactamente la esencia de esta uni-

dad, muchos errores han apartado a algunos del recto camino. No sólo la fundación de la Iglesia, sino también su constitución pertenece a las obras, que proceden de un acto libre de la voluntad. Por eso el juicio debe atenerse únicamente a lo que sucedió y no tiene por qué investigar qué forma podría tener la unidad de la Iglesia, sino qué unidad intentó su fundador.

»Si tenemos a la vista lo que sucedió, Cristo no formó ni configuró la Iglesia como que tuviera que ser reunión de varias comunidades, que fueran semejantes en la especie pero estuvieran separadas entre sí y no unidas por lazos que pudieran formar la Iglesia una y única, en el sentido en que decimos en el símbolo de la fe: «creo en la Iglesia una».

»La Iglesia está determinada por esencia a la unidad porque realmente es única y una, pero los errores quieren dividirla en muchas Iglesias. Decimos, por tanto, que la Iglesia antigua y católica es única por su esencia y convicción, por su origen y dignidad. La sublime dignidad de la Iglesia como el pensamiento fundamental de su edificación procede por lo demás de su unidad y sobrepasa a todo y nada tiene igual a ella [Clemente de Alejandría, *Stromata* VII, 17; CV 3, 76; PG 9, 551]. Cuando Jesucristo habló de esta edificación mística, sólo aludió a una Iglesia, la llamó su Iglesia: «Yo edificaré mi Iglesia» (*Mt.* 16, 18). Cualquiera otra—sea cual sea—no puede ser la verdadera Iglesia de Cristo, porque no ha sido fundada por Cristo.

»Todavía aparece esto más claro, si se tiene a la vista el plan de su fundador. ¿Qué ha intentado Cristo el Señor con la Iglesia o con la fundación de la Iglesia? ¿Cuál fué su intención? Sólo esta: quiso dar a la Iglesia el mismo oficio y el mismo mandato que El había recibido del Padre. Esto quiso y esto hizo de hecho. «Como el Padre me envió, así os envío a vosotros» (*Jo.* 20, 21). «Como Tú me has enviado al mundo, así los envío yo también al mundo» (*Jo.* 17, 18). Ahora bien, la tarea de Cristo consiste en llevar desde el camino de la desgracia hacia el camino de la salvación a lo que estaba perdido (cfr. *Mt.* 18, 11), es decir, no sólo algunos pueblos o lugares, sino a toda la humanidad sin distinción de lugar o de tiempo: «el Hijo del hombre ha venido... para que el mundo sea salvado por El» (*Jo.* 3, 17). Pues no hay ningún otro nombre bajo el cielo, en el que podamos ser bienaventurados (*Act.* 4, 12). Por eso la Iglesia tiene que dar en amplia medida a todos los hombres y a todos los tiempos la salvación adquirida por Jesucristo y todas las gracias que de ella proceden. Justamente por eso tienen que ser la misma en todas las partes del mundo y en todos los tiempos según la voluntad de su fundador. Si pudiera existir otra Iglesia, tendría que abandonar los confines de la tierra y pensar en una humanidad nueva, desconocida.

»Isaías vió y profetizó estas propiedades de la Iglesia una, que abarca a todos los hombres de todos los países y de todos los tiempos, cuando mirando hacia el futuro vió la figura de un monte de enorme tamaño, que representaba la imagen de la casa de Dios, es decir, la Iglesia: «y en los últimos tiempos el monte de la casa del Señor será erigido en la cumbre de las montañas» (*Is.* 2, 2).

»A esto se añade que el Hijo de Dios ha hecho a la Iglesia su cuerpo místico, con el que El se une como cabeza, de modo semejante a como está unido con el cuerpo humano, que asumió, en virtud del vínculo natural de una cabeza. Lo mismo que asumió sólo un cuerpo mortal que sacrificó en

la muerte de cruz para pagar el precio de la salvación de la humanidad, así ha asumido sólo un cuerpo místico en el cual y por el cual nos santifica y nos da la salvación eterna. «A El (Cristo) le puso por cabeza de todas las cosas en la Iglesia que es su cuerpo» (*Eph.* 1, 22-23).

»Pero los miembros dispersos y desgarrados no pueden formar un cuerpo ni estar unidos con una y la misma cabeza. San Pablo dice por lo demás: «todos los miembros del cuerpo, con ser muchos, son un solo cuerpo, así es también Cristo» (*1 Cor.* 12, 12). Por eso, añade, el cuerpo místico está «trabado» y «unido»: «Cristo es la Cabeza, de quien todo el cuerpo, trabado y unido por todos los ligamentos que lo unen y nutren para la operación propia de cada miembro, crece y se perfecciona en caridad» (*Eph.* 4,15-16). Por eso los miembros que están separados y apartados no pueden estar unidos con una y la misma cabeza: «Sólo hay un Dios, sólo hay un Cristo, una Iglesia de Cristo, una fe y un pueblo, unido por el vínculo de la unidad en verdadera unidad de cuerpo. Esta unidad no puede ser destruída, ni el cuerpo uno puede ser desmembrado por disolución del vínculo», dice San Cipriano [*De cath. Eccl. unitate*, n. 23; PL 4, 517].

»Para hacer más visible la unidad y unicidad de la Iglesia, la compara con un cuerpo vivo, cuyos miembros sólo viven mientras están unidos con su cabeza y, por tanto, reciben de la cabeza misma su fuerza vital; si se separan, mueren. «Ella (la Iglesia) no puede ser dividida en partes, aunque los miembros se separen por mutilación. Lo que se aparta del tronco, no puede ni vivir ni respirar» (S. Cipriano, *De cath. Eccl. unitate*, n. 23; PL 4, 517). ¿Y qué semejanza hay entre un cuerpo muerto y otro vivo? «Y nadie aborrece jamás su propia carne, sino que la alimenta y la abriga como Cristo a su Iglesia; porque somos miembros de su cuerpo» (*Eph.* 5, 29-30).

»Hay que imaginar, pues, una segunda cabeza, semejante a Cristo, y un segundo Cristo, si se quiere imaginar una segunda Iglesia fuera de la Iglesia una, que es el cuerpo de Cristo. «Ved lo que debéis evitar, lo que debéis hacer, lo que debéis tener. Ocurre que en el cuerpo humano, o mejor, que del cuerpo humano es separado un miembro, una mano, un dedo, un pie. ¿Sigue el alma al miembro separado? Cuando estaba en el cuerpo, vivía; ahora pierde la vida. Y así el cristiano es católico cuando vive en el Cuerpo (de la Iglesia); si se separa, es un hereje. El espíritu no sigue a los miembros separados» (San Agustín, *Sermo* 267, n. 4; PL 38,1231).

»Por tanto, sólo hay una Iglesia de Cristo y para todos los tiempos. Quien vive apartado de ella, no cumple la voluntad ni el mandato de Cristo; por haber abandonado el camino de la salvación, se encamina a la perdición. «Quien se aparta de la Iglesia, se une a una adúltera y no tiene derecho a las promesas de la Iglesia; quien abandona a la Iglesia de Cristo, no alcanza las recompensas de Cristo... Quien no piensa esto, no mantiene el mandato de Dios, no mantiene la fe en el Padre y en el Hijo, no recibe la vida ni la salvación» (S. Cipriano, *De cath. Eccl. unitate*, núm. 6; PL 4, 503).

»El, que sólo fundó una Iglesia, la quiso también única, y de tal modo que todos los que fueran a pertenecer a ella, unidos entre sí por los vínculos más estrechos, formaran sólo un pueblo, un reino, un cuerpo. «Sólo hay un cuerpo y un espíritu, como también una sola esperanza, la de vuestra vocación» (*Eph.* 4, 4). La voluntad de estas cosas fué confirmada y solemnemente sellada por Cristo poco tiempo antes de su muerte, cuando rezó al Padre: «No ruego sólo por éstos, sino por cuantos crean en mí por su pa-

labra, para que todos sean uno..., para que también ellos sean en nosotros... para que sean uno como nosotros somos uno» (Jo. 17, 20, 21, 22). Sí, exigió una unidad tan íntima y perfecta entre sus discípulos, que en cierto sentido era equiparable a la de Jesús con su Padre: «Ruego para que todos sean uno como tú, Padre, que estás en mí y yo en ti» (Jo. 17, 21).

»Tal concordia íntima e incondicional tiene que tener, sin embargo, como fundamento la concordancia de espíritus. Entonces surgirá de por sí la armonía en la voluntad y la uniformidad en el obrar. Por eso pidió El según su divino consejo la unidad de la fe en su Iglesia. Pues esta virtud es el primer vínculo entre nosotros y Dios, y por ello llevamos el nombre de «creyentes». «Un Señor, una fe, un bautismo» (Eph. 4, 5). Lo mismo que sólo tenemos un Señor y un bautismo, los cristianos de todo el mundo sólo deben tener una fe. Por eso el apóstol Pablo no pide solo, sino que conjura a los cristianos, para que abriguen la misma disposición de ánimo y eviten cualquiera diferencia de opinión: «Os conjuro, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que todos habléis igualmente y no haya entre vosotros cismas, antes seáis concordantes en el mismo pensar y en el mismo sentir» (I Cor. 1, 10). Estas palabras no necesitan explicación; hablan con suficiente claridad.»

En la encíclica *Miserentissimus Redemptor* del año 1928, Pío XI compara «la admirable e íntima unión de todos los cristianos con Cristo» a la unidad que hay entre la cabeza y los demás miembros del cuerpo. Y continúa: «...mediante esta misteriosa comunión de santos que nosotros confesamos en nuestra fe católica, están unidos los hombres y los pueblos entre sí y con quien es la Cabeza que por el servicio de cada miembro reúne a todo el cuerpo y le mantiene unido y señala el trabajo a cada parte para que el cuerpo crezca hasta que sea edificado por la caridad (Eph. 4, 15-16). Esto es lo que pidió a su Padre el mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, poco antes de su muerte: «...yo estaré en ellos como Tú estás en mí, para que ellos sean completamente uno» (Jo. 17, 23).

El Concilio de Trento, en la sesión sexta, en que trató la doctrina de la justificación, dijo de paso unas palabras sobre la Iglesia con la siguiente formulación: «Porque, como quiera que el mismo Cristo Jesús, como cabeza sobre los miembros (Eph. 4, 15) y como vid sobre los sarmientos (Jo. 15, 5), constantemente influya su virtud sobre los justificados mismos...» (D. 809).

También el Papa Bonifacio VIII dice en la Bula *Unam sanctam* del año 1302: «Por apremio de la fe, estamos obligados a creer y mantener que hay una sola y Santa Iglesia Católica y la misma Apostólica, y nosotros firmemente la creemos y simplemente la confesamos y fuera de ella no hay salvación, ni perdón de los pecados,

como quiera que el Esposo clama en los cantares: Una sola es mi paloma; una sola es mi perfecta (*Cant.* 6, 8). Ella representa un solo cuerpo místico, cuya cabeza es Cristo, y la cabeza de Cristo, Dios. En ella hay un solo Señor, una sola fe y un solo bautismo (*Eph.* 4, 5)... La Iglesia, pues, que es una y única, tiene un solo cuerpo, una sola cabeza, no dos, como un monstruo, es decir, Cristo y el vicario de Cristo, Pedro, y su sucesor...» (*D.* 468).

b) Los textos citados nos dan el testimonio del magisterio extraordinario de la Iglesia; el magisterio ordinario está contenido en la Liturgia. Ya hemos dicho que el testimonio de la liturgia necesita interpretación. En nuestro caso es especialmente conveniente porque los textos son tan escasos y cortos que apenas pueden ser entendidos por sí mismos. La liturgia predica la verdad de la Iglesia-cuerpo de Cristo, primero en las lecciones entresacadas de las epístolas de San Pablo y también en el canto para superar el cisma: «Un pan y un cuerpo somos todos los que participamos de un pan y de un cáliz.» La postcomunión del sábado de la tercera semana de Cuaresma dice: «Te rogamos, omnipotente Dios, que seamos contados entre los miembros de Aquél, en cuyo cuerpo y sangre tenemos parte» (Véase A. Wintersig, *Die Selbstdarstellung der heiligen Kirche in ihrer Liturgie*, en: *Mysterium. Gesammelte Aufsätze. Arbeiten Laacher Moenche* (1926), 90-125).

II. Sagrada Escritura

San Pablo nos describe la Iglesia como cuerpo de Cristo; en los demás escritos neotestamentarios no aparece esta concepción. En San Pablo, sin embargo, tiene gran importancia. Tampoco él habla del cuerpo místico de Cristo, sino sólo del cuerpo de Cristo o del cuerpo en Cristo, de los miembros de Cristo o sencillamente del cuerpo (cfr. § 166, b, cap. 2, 7-9). Encontramos esta típica idea suya tanto en las epístolas principales—*I Cor.* y *Rom.*—como en las epístolas de la cautividad—*Efesios* y *Colosenses*—. En las epístolas principales sólo está desarrollada hasta un determinado grado y sólo está plenamente expuesta en las últimas. Por tanto sólo entenderemos el pleno sentido de la doctrina del apóstol cuando hayamos seguido los distintos pasos de su desarrollo. Destaquemos *a priori* que San Pablo llegó a su idea del cuerpo de Cristo gracias a ciertas circunstancias concretas que, naturalmente, se reflejan en su doctrina del cuer-

po de Cristo. Subrayemos, además, que San Pablo no llama a los cristianos sencillamente cuerpo—lo mismo que son llamados cuerpo o comparados a él los habitantes de una ciudad o los ciudadanos de un Estado—, sino que les llama cuerpo de Cristo. La pertenencia a Cristo es decisiva para la cualidad del cuerpo, que es la Iglesia. Cristo mismo creó este cuerpo y le conserva en su subsistencia.

A. *Las epístolas paulinas fundamentales*

1. San Pablo habla por primera vez de la Iglesia como cuerpo de Cristo en el capítulo sexto de la primera *Epístola a los Corintios*: combate una falsa concepción de la libertad cristiana. En Corinto existe evidentemente la opinión de que al cristiano le está permitido todo en materia sexual, debido a su libertad cristiana. San Pablo se rebela enérgicamente contra esa opinión. Reconoce el núcleo de verdad de la fórmula, pero le da su verdadero sentido. Dice el texto: «Todo me es lícito», pero no todo conviene. «Todo me es lícito», pero yo no me dejaré dominar de nada. Los manjares para el vientre y el vientre para los manjares; pero Dios destruirá el uno y los otros. El cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo, y Dios, que resucitó al Señor, nos resucitará también a nosotros por su poder. ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Y voy a tomar yo los miembros de Cristo para hacerlos miembros de una meretriz? ¡No lo quiera Dios! ¿No sabéis que quien se allega a una meretriz se hace cuerpo con ella? Porque serán dos, dice, en una carne. Pero el que se allega al Señor se hace un espíritu con El. Huid la fornicación. Cualquier pecado que cometa un hombre, fuera de su cuerpo queda; pero el que fornicar, peca contra su propio cuerpo. ¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios, y que, por tanto, no os pertenecéis? Habéis sido comprados a precio. Glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo» (*I Cor.* 6, 12-20). En este texto San Pablo no llama formalmente cuerpo de Cristo ni a la Iglesia ni a los cristianos, pero llama a los cristianos miembros de Cristo. Esto es lo decisivo. Con este concepto simbólico San Pablo expresa la íntima unión de los cristianos con Cristo; en ella ve San Pablo la razón principal del error de la teoría y praxis libertinas de los corintios. En su falso concepto de libertad, los corintios defienden la tesis de que el comercio carnal

con una prostituta es éticamente tan indiferente como el comer y beber. San Pablo, en cambio, dice que el acto sexual convierte a los hombres en una sola carne. Sin embargo el cristiano no puede entregarse legítimamente a una prostituta para ser uno con ella, porque pertenece al Señor y no puede disponer de sí mismo a capricho. Cuando San Pablo dice que el cuerpo es para el Señor, la palabra «cuerpo» significa la persona humana que existe en corporalidad. Por eso puede saltar de la expresión «cuerpo» a la palabra «nosotros». Todo el hombre—que existe corporalmente—es propiedad del Señor y no puede disponer de sí caprichosamente. Lo que es de Dios no puede entregarse caprichosamente a una ramera. El apóstol describe la pertenencia de los cristianos a Cristo con la imagen del cuerpo, para acentuar su intensidad. Por lo demás, distingue claramente la unidad producida por el acto sexual en el ámbito corpóreo-natural y la unidad de Cristo y los cristianos producida por la fe en Cristo. San Pablo caracteriza esta última como unidad en el espíritu. Se ve claramente que es falsa la afirmación de A. Schwitzer de que San Pablo cree que la comunidad entre Cristo y los cristianos es corpórea-natural. San Pablo no piensa en una unidad fisiológica sino en la unidad en el espíritu; de su tesis de que el cristiano es templo del Espíritu Santo se deduce cómo entiende esa unidad más en concreto. En los párrafos anteriores hemos visto que San Pablo llama también templo del Espíritu Santo a la comunidad de los cristianos al pueblo de Cristo. Sin embargo, en el texto que estamos comentando llama templo del Espíritu Santo a cada cristiano en particular. El cristiano está consagrado y santificado como propiedad de Dios y de Cristo, porque el Espíritu Santo que proviene de Dios y es enviado por Cristo habita en el cristiano que existe corporalmente. Es el Espíritu Santo quien crea y conserva la unidad entre Cristo y los cristianos, que San Pablo describe diciendo que el cristiano que vive corporalmente, es decir, que el cuerpo de los cristianos es un miembro de Cristo. Lo aludido en esta metáfora sacada de la biología y fisiología no está en lo fisiológico ni en lo biológico, sino en lo espiritual y pneumático. Hay que tener también en cuenta que el Cristo, de quien es miembro el cuerpo de los cristianos, es el Señor glorificado, el Resucitado, cuya existencia está más allá de lo biológico. Tiene derechos sobre el cristiano, porque lo ha liberado y rescatado—como dice San Pablo—de los poderes de esclavitud. Esta situación creada por la muerte y resurrección del Señor sólo tiene en cuenta lo que realiza en su intención y disposición la pertenencia a Cristo objetiva-

mente existente. El escrito del apóstol prosigue con la advertencia: eres en la totalidad de tu existencia miembro de Cristo glorificado; vive como tal. El punto de partida de la doctrina paulina sobre la pertenencia de los cristianos a Cristo tal como aparece en *I Cor.* es el ámbito de lo ético.

2. Más claro y completo es el testimonio de San Pablo en el capítulo 10 de *I Cor.* La ocasión es ahora la participación de los corintios en los sacrificios de los paganos. El punto de partida es la Liturgia. También en este capítulo se rebela San Pablo contra la opinión de que todo está permitido.

Dice: «Por lo cual, amados míos, huid de la idolatría. Os hablo como a discretos. Sed vosotros jueces de lo que os digo: El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? Porque el pan es uno; somos muchos un solo cuerpo, pues todos participamos de ese único pan. Mirad al Israel carnal. ¿No participan del altar los que comen de las víctimas? ¿Qué digo, pues? ¿Que las carnes sacrificadas a los ídolos son algo o que los ídolos son algo? Antes bien, digo que lo que sacrifican los gentiles, a los demonios y no a Dios lo sacrifican. Y no quiero yo que vosotros tengáis parte con los demonios. No podéis beber el cáliz del Señor y el cáliz de los demonios. No podéis tener parte en la mesa del Señor y en la mesa de los demonios. ¿O queremos provocar la ira del Señor? ¿Somos acaso más fuertes que El?

«Todo es lícito», pero no todo conviene; «todo es lícito», pero no todo edifica. Nadie busque su provecho, sino el de los otros» (*I Cor.* 10, 14-24).

En este texto habla San Pablo de que todos los cristianos forman un cuerpo. Sólo se entiende el sentido y la importancia de esta tesis considerando la razón que aduce a favor de ella. San Pablo reprende a los corintios por su participación en los banquetes rituales de los templos paganos; no es indiferente el participar en esos banquetes paganos; la participación crea una comunidad con los demonios, ya que, en definitiva, los sacrificios paganos se ofrecen a Satanás. Pero los cristianos viven en una comunidad completamente distinta: en la comunidad con Cristo. La comunidad con Cristo está en irreconciliable oposición con la comunidad con los demonios; no se puede tener a la vez ambas comunidades; hay que elegir entre la una o la otra. Quien toma parte en los sacrificios paganos elige la comunidad con los demonios, provoca la ira de Dios contra sí y no puede vivir en comunidad con Cristo. Esto en concreto significa que no puede participar plenamente en el banquete cultural de los cristianos, que es lo que obra y causa la comunidad entre ellos. El cáliz

de bendición obra la comunidad con la sangre de Cristo y el pan repartido en las celebraciones rituales causa la comunidad con el cuerpo de Cristo; en el vino se bebe la sangre del Señor y en el pan se come su cuerpo. En nuestra cuestión tiene gran importancia el hecho de que San Pablo no habla sólo de la comunidad de los cristianos con Cristo, sino también de la comunidad de los cristianos entre sí. Quienes participan de la sangre y cuerpo del Señor se hacen entre sí una misma cosa; los compañeros de banquete forman, según San Pablo, un cuerpo. Se refiere, naturalmente, a los corintios y a la iglesia de Corinto, pero ésta representa la Iglesia total como hemos visto.

En la expresión de que todos nosotros somos un solo cuerpo se expresa la tensión entre el individuo y la comunidad. Cada uno de los compañeros de banquete tiene y recibe su existencia individual, pero al comer crecen todos juntos hasta formar unidad; la unidad se funda en la unicidad del pan, es decir, en la unidad del cuerpo glorificado de Cristo designado por el pan y ocultamente presente. Podemos, pues, reproducir el sentido de la expresión paulina con la siguiente traducción: «como el cuerpo es uno, nosotros somos un cuerpo único en nuestra pluralidad; porque todos nosotros participamos del único pan» (Allo, *Kommentar zum ersten Korintherbrief*, 240). Por eso San Pablo, aunque no está presente en las celebraciones de los Corintios, puede incorporarse a su comunidad usando el «nosotros» y diciendo que «nosotros» somos un cuerpo.

Como razón de la unidad de los cristianos entre sí designada con la expresión «cuerpo» da San Pablo el comer el cuerpo único de Cristo; aquí se ve que cuerpo sacramental y cuerpo «místico» se pertenecen recíprocamente. El cuerpo sacramental es, según San Pablo, razón y centro del cuerpo místico y no lo es tanto en su existencia ontológica como en su efectividad y eficacia actuales. El concreto comer el cuerpo sacramental de Cristo forma el cuerpo místico, la Iglesia. Veremos más tarde que San Pablo adscribe también al bautismo esa función de unidad. Evidentemente no ve ninguna contradicción entre ambas tesis. El bautismo y la eucaristía son valorados por él no como dos procesos independientes, sino como dos sacramentos que dependen el uno del otro. El hecho de que el cuerpo de Cristo o mejor, de que el comer el cuerpo sacramental de Cristo sea la razón de que los cristianos formen un solo cuerpo nos ayuda a entender correctamente este cuerpo místico; se realiza y caracteriza por el hecho de que los cristianos reciben el cuerpo sa-

cramental de Cristo; los cristianos son, según eso, el cuerpo que forman en Cristo y por Cristo. En su tesis del cuerpo místico San Pablo no piensa en una comunidad cualquiera conforme al modelo de las comunidades ciudadanas o estatales de los hombres, sino en una comunidad en Cristo, aunque no use en este texto esta expresión.

3. Dentro de la primera *Epístola a los Corintios*, el desarrollo más amplio de la doctrina de la Iglesia-cuerpo de Cristo es el capítulo 12. La ocasión concreta de este desarrollo son las profundas disensiones surgidas en Corinto y provocadas precisamente por las especiales actuaciones del Espíritu en la ciudad. El punto de partida está, pues, en el terreno de lo litúrgico-social.

Dice el texto: «No quiero, hermanos, que de lo que toca a los dones espirituales estéis en la ignorancia. Sabéis que cuando erais gentiles, ciegamente os dejábais arrastrar hacia los ídolos mudos; por lo cual os hago saber que nadie, hablando en el Espíritu de Dios, puede decir «anatema sea Jesús», y nadie puede decir «Jesús es el Señor», sino en el Espíritu Santo.

»Hay diversidad de dones, pero uno mismo es el Espíritu. Hay diversidad de ministerios, pero uno mismo es el Señor. Hay diversidad de operaciones, pero uno mismo es Dios, que obra todas las cosas en todos. Y a cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para común utilidad. A uno le es dada por el Espíritu la palabra de sabiduría; a otro la palabra de ciencia, según el mismo Espíritu; a otro fe en el mismo Espíritu; a otro don de curaciones en el mismo Espíritu; a otro operaciones de milagros; a otro profecía, a otro discreción de espíritus, a otro género de lenguas, a otro interpretación de lenguas. Todas estas cosas las obra el único y mismo Espíritu, que distribuye a cada uno según quiere.

»Porque así como siendo el cuerpo uno tiene muchos miembros y todos los miembros del cuerpo, con ser muchos, son un cuerpo único, así es también Cristo. Porque también todos nosotros hemos sido bautizados en un solo Espíritu, para constituir un solo cuerpo, y todos, ya judíos, ya gentiles, ya siervos, ya libres, hemos bebido del mismo Espíritu. Porque el cuerpo no es un solo miembro, sino muchos. Si dijere el pie: porque no soy mano no soy del cuerpo, no por esto deja de ser del cuerpo. Y si dijere la oreja: porque no soy ojo no soy del cuerpo, no por eso deja de ser del cuerpo. Si todo el cuerpo fuera ojos, ¿dónde estaría el oído? Y si todo él fuera oídos, ¿dónde estaría el olfato? Pero Dios ha dispuesto los miembros en el cuerpo, cada uno de ellos como ha querido. Si todos fueran un miembro, ¿dónde estaría el cuerpo? Los miembros son muchos, pero uno solo el cuerpo. Y no puede el ojo decir a la mano: no tengo necesidad de ti. Ni tampoco la cabeza a los pies: no necesito de vosotros.

»Aún hay más: los miembros del cuerpo que parecen más débiles son los más necesarios; y a los que parecen más viles los rodeamos de mayor honor, y a los que tenemos por indecentes los tratamos con mayor decencia, mientras que los que de suyo son decentes no necesitan de más. Ahora bien: Dios dispuso el cuerpo dando mayor decencia al que carecía de ella, a fin

de que no hubiera escisiones en el cuerpo, antes todos los miembros se preocupen por igual unos de otros. De esta suerte, si padece un miembro, todos los miembros padecen con él, y si un miembro es honrado, todos los otros a una se gozan. Pues vosotros sois el cuerpo de Cristo, y cada uno en parte, según la disposición de Dios en la Iglesia, primero los apóstoles, luego profetas, luego doctores, luego el poder de milagros, las virtudes, después las gracias de curación, de asistencia, de gobierno, los géneros de lenguas. ¿Son todos apóstoles? ¿Son todos profetas? ¿Son todos doctores? ¿Tienen todos el poder de hacer milagros? ¿Tienen todos la gracia de curaciones? ¿Hablan todos en lenguas? ¿Todos interpretan? Aspirad a los mejores dones» (1 Cor. 12, 1-31).

La ocasión de estas explicaciones fué una pregunta de los cristianos de Corinto sobre el puesto de los dones del Espíritu o carismas dentro de la totalidad de la realización de la vida cristiana; la pregunta por su parte fué ocasionada por las disputas a propósito del rango de cada uno de los dones del Espíritu. San Pablo desarrolla el concepto «cuerpo de Cristo» a partir de los dones del Espíritu. En el capítulo décimo fué el culto cristiano el punto de partida del desarrollo de la idea de «cuerpo»; en el capítulo sexto la ocasión de las explicaciones de San Pablo fué la incontinencia sexual, es decir, el ethos y en este capítulo el punto de partida es la totalidad de la vida cristiana que abarca culto y ethos. El carácter amplio y totalitario de este punto de partida hace esperar que San Pablo explique en este capítulo la idea del «cuerpo de Cristo» con más exactitud que en ningún otro sitio; y así es en realidad: aquí aparece la idea del «cuerpo de Cristo» en su significación abarcadora y totalitaria. La liturgia y la vida moral son ordenadas a esa idea y explicadas desde ella.

Vamos a seguir el pensamiento del Apóstol. El texto se divide en dos grandes partes: en la primera San Pablo dice que los dones del Espíritu a pesar de su diversidad tienen una y la misma razón; en la segunda exige que todos sean puestos al servicio de la totalidad.

Todos los carismas descienden del cielo; San Pablo los atribuye al Espíritu, a Cristo, Señor y Dios. Su principio es, por tanto, único, pero tienen carácter trinitario. La multiplicidad de los dones no debe llevar a error respecto a la unidad de su fuente. La calidad de los carismas está determinada por su origen divino; también fuera del cristianismo hubo formas extraordinarias de piedad, pero sólo pueden atribuirse a Dios los carismas que capacitan al hombre para reconocer a Cristo como Señor. Quien adore a otros señores y dioses es un fanático y un iluso por mucho que se arrodille. Como los

dones de gracia provienen del mismo principio están estructurados en unidad a pesar de su pluralidad; ninguno de ellos tiene función independiente. El Espíritu es soberano e independiente en la concepción de sus dones, pero como es uno en sí, los muchos dones concedidos por El forman también unidad. San Pablo aclara su tesis de la unidad de los dones con una comparación: de la misma manera que el cuerpo humano es uno y tiene muchos miembros, pero todos los miembros, a pesar de ser muchos, hacen un solo cuerpo, así también «el Cristo». Visto el versículo inmediatamente precedente no se espera la palabra «el Cristo», sino «el Espíritu». Pero San Pablo quiere evidentemente representar la unidad de los cristianos en Cristo y en lugar de la expresión esperada irrumpe la palabra «Cristo». Surge la cuestión de que es lo que entiende por «el Cristo»: ¿es el Cristo individual glorificado o la Iglesia en cuanto Cristo místico? Si se prefiere la segunda interpretación el sentido del texto es el siguiente: así también el Cristo místico—la Iglesia—es uno y tiene muchos miembros—los cristianos—que, a pesar de su pluralidad, forman un solo Cristo que es la Iglesia. Pero hay que preguntarse si esta interpretación es necesaria o al menos fundada o si no violentará el texto.

También se podría encontrar un sentido a la comparación del apóstol, aunque se refiera al Cristo concreto e individual glorificado; significaría que Cristo glorificado es el dador de los dones y, por tanto, la razón de su unidad. En este caso en la mitad de la comparación—la referida al «cuerpo humano»—dominaría la idea estructural y en la otra mitad la idea causal; habría cierto desplazamiento pero la comparación expresaría el pensamiento del apóstol. ¿No exige el contexto total la interpretación dada al principio? San Pablo fundamenta y razona la expresión «así también el Cristo» diciendo: «porque también todos nosotros hemos sido bautizados en un solo Espíritu para constituir un solo cuerpo y todos hemos bebido del mismo Espíritu». Según este versículo los cristianos están tan unidos en razón del bautismo, que pueden ser llamados un solo cuerpo. El bautismo los ha hecho un solo cuerpo aunque hayan sido tan distintos como los judíos y griegos, como los libres y esclavos. Un solo Espíritu los reúne en un solo cuerpo. ¿Quiere San Pablo en este texto llamar a los cristianos «cuerpo de Cristo»? No, sólo se deduce que los bautizados forman una comunidad en el Espíritu, que San Pablo llama un cuerpo. Aunque dice que es el Espíritu la razón de su unidad, en la afirmación inmediatamente precedente asegura que

la razón de esa unidad es Cristo. Evidentemente quiere decir que Cristo y el Espíritu son la razón de esa unidad. En el versículo 13 que dice: «porque también todos nosotros hemos sido bautizados en un solo Espíritu, etc.», dice lo que antes esperábamos y no dijo al explicar: «así también el Cristo». Hay que decir, por tanto, que en la segunda mitad de la comparación rige la idea causal y no la estructural, es decir: el cuerpo, la comunidad que los cristianos forman entre sí es causada por Cristo y por el Espíritu que procede de El; con lo que está dicho que la comunidad que forman los cristianos pertenece a Cristo. Este texto no logra todavía ese grado de desarrollo y hay que preguntar si lo alcanza el capítulo 12 de la *Epístola a los Corintios*.

San Pablo continúa la comparación con el cuerpo sirviéndose de una fábula procedente de la filosofía estoica que por su parte recoge ideas más antiguas.

Desde fines del siglo v a. de C. la filosofía griega conoce la comparación del Estado con el cuerpo humano; la encontramos tanto en Platón como en Aristóteles. La filosofía helenística recoge esta idea y la amplía a toda la humanidad, aplicándola incluso a los hombres y dioses; es elaborada especialmente por la Estoa media y joven. Cfr. por ejemplo, Cicerón, *De officiis* III, 19-22; Séneca, *De ira* II, 31, 7; Séneca, *Cartas* 92, 30, y 95, 51; Epicteto, *Diatriba* II, 5, 24-26, y II, 10, 35; Marco Aurelio, II, 1, 3, y VII, 13; se encuentra también en Sexto Empírico, Máximo Tirio, Temistio y en los judíos Filón y Flavio Josefo.

De la idea de que el estado es un organismo semejante al cuerpo humano nace la fábula del estómago y los miembros que Menenius Agrippa contó a la *plebs* que había huído al *Mons sacer* y que hizo que volviera (494 a. C.). La redacción más antigua aparece en Livio (II, 32). La fábula que M. Agrippa cuenta a la plebe dice, según Livio: cuando todavía no estaba todo unido en el hombre y cada miembro seguía su parecer y tenía voz propia, los miembros del cuerpo se indignaron de que todos sus trabajos, cuidados y servicios fueran para bien exclusivo del estómago, que no hacía más que gozar bien situado en el centro del cuerpo; conjurados entre sí decidieron que la mano no llevaría nada a la boca y aunque lo llevara, la boca no lo admitiría y aunque lo admitiera los dientes no lo masticarían. En esta lucha contra el estómago todos los miembros se debilitaron hasta desfallecer y entonces se dieron cuenta del servicio del estómago que digería los alimentos y distribuía la sangre. Livio termina: «Así les explicó la semejanza entre la rebelión de los miembros y la ira de la plebe contra el Estado y les hizo cambiar de opinión.» Un autor desconocido hace la siguiente aplicación en *De viris illustribus urbis Romae*: «Así el senado y el pueblo, que forman como un cuerpo (*quasi unum corpus*) perecen al desunirse y se fortalecen en la unidad.» La fábula fué comentada por muchos autores antiguos, entre ellos Dionisio de Halicarnaso, Plutarco, Máximo Tirio y Dio Crisóstomo. Cfr. W. Nestle, *Die Fabel des Menenius Agrippa*, en: «Klio» 21 (1927), 350-

360; H. Gombel, *Die Fabel von dem Magen und den Gliedern in der Weltliteratur* (1934).

En todos los textos citados la comunidad es comparada en general a un cuerpo humano, pero no es llamada realmente cuerpo humano más que en Séneca y en cierto modo en el autor de *De viris illustribus urbis Romae*. Los autores citados deducen de la comparación que el bien de la totalidad es la ley suprema de conducta para cada uno de los miembros.

San Pablo aprovecha la fábula popular por entonces para demostrar en la segunda parte de sus explicaciones que los distintos dones de la gracia deben estar al servicio de la totalidad; para eso han sido concedidos por Dios. Del mismo modo que cada miembro del cuerpo a pesar de sus diferencias está al servicio de la vida de todo el cuerpo, los carismas deben servir también a la totalidad. Cada uno tiene su función de miembro, pero no es una función especial separada de la totalidad; en definitiva, la pluralidad de los miembros del cuerpo está ordenada a Dios y a su voluntad corresponde el hecho de que cada miembro del cuerpo tenga que servir a la totalidad. Es necesario que haya muchos miembros para que todo el cuerpo reciba lo que necesita.

De modo semejante la pluralidad de los dones de la gracia se funda en Dios. Debe haber muchos y variados dones para que puedan ser servidas todas las necesidades de la comunidad. Dios ha querido que cada portador de un don preste sus servicios a toda la comunidad e incluso a toda la Iglesia. Cuando un miembro cae, sufre la totalidad y sufren todos los miembros y viceversa; la salud de un miembro sirve a los demás y a toda la comunidad.

San Pablo remonta decididamente la fábula cuando en vez de comparar a los cristianos con un cuerpo los llama cuerpo; y no cuerpo en general, sino cuerpo de Cristo. En el versículo 27 dice: «Pues vosotros sois cuerpo de Cristo, y cada uno en parte» (*I Cor.* 12, 27). Pone, pues, en relación con Cristo el cuerpo que forman los fieles de Corinto. ¿De qué especie es esta relación? San Pablo no dice: vosotros sois el cuerpo de Cristo, sino «vosotros sois cuerpo de Cristo». La expresión «cuerpo de Cristo» se encuentra además de en *I Cor.* 12, 27, en los pasajes siguientes: *Eph.* 1, 23; 4, 12; 5, 29; *Col.* 1, 24. Pero en todos estos textos la expresión lleva el artículo; si en *I Cor.* 12, 27 falta, debe ser interpretado el texto de manera distinta de los que lo llevan. Sería excesivo leer en el texto en cuestión que los cristianos son el cuerpo de Cristo y que por eso son llamados miembros de Cristo; en realidad y ajustándose al texto, San Pablo sólo dice que los cristianos forman un cuerpo, que perte-

nece a Cristo y además que en cuanto partes de un cuerpo son miembros unos de otros. La adición «de Cristo» significa, pues, que la comunidad que el Apóstol llama cuerpo, pertenece a Cristo, que es propiedad suya. Nada dice el texto sobre la razón de esa pertenencia a Cristo. Del hecho de que San Pablo llame a los cristianos miembros de Cristo en *1 Cor.* 6, 15 no se puede deducir que es eso lo que quiere decir en *1 Cor.* 12, 27. La idea de que los cristianos son el cuerpo de Cristo y, por tanto, miembros de Cristo, es familiar para San Pablo, pero no la expresa en *1 Cor.* 12, 27; lo que aquí dice es la idea de que los cristianos en razón del bautismo forman una comunidad, una interna unidad en el Espíritu y que esa unidad es propiedad y posesión de Cristo. La comunidad de los cristianos, según San Pablo, no es una libre reunión de personas como un gremio o una sociedad, sino un organismo vivo en el que cada miembro tiene su lugar y su tarea en beneficio de la totalidad. La unidad de los miembros entre sí es configurada por el Espíritu Santo, que Cristo envió. El Espíritu reúne a los cristianos en una comunidad caracterizada con la palabra «cuerpo».

La comunidad es causada según el capítulo doce de la primera *Epístola a los Corintios* por el bautismo y según el capítulo décimo, por la eucaristía; es fundada por el bautismo, profundizada y asegurada por la eucaristía. En la celebración eucarística la comunidad de los cristianos perteneciente a Cristo realiza su unidad en cuanto unidad en Cristo. El capítulo doce no dice expresamente que la Iglesia es cuerpo de Cristo, sino que es un cuerpo que pertenece a Cristo; por la idea de la Iglesia como cuerpo de Cristo está a la base de las explicaciones del capítulo décimo. En el capítulo doce se subraya que la Iglesia en cuanto estructura corporal y perteneciente a Cristo está fundada en el bautismo; el capítulo décimo, en cambio, subraya que la eucaristía funda la Iglesia en cuanto cuerpo de Cristo; el cuerpo sacramental de Cristo estructura y configura su cuerpo místico, ya que es el cuerpo del ser y vida de la Iglesia. El bautismo es la causa eficiente de la comunidad que vive de la eucaristía, centro suyo.

4. Llegamos ahora al testimonio de la *Epístola a los Romanos*; San Pablo desarrolla su idea en el capítulo doce.

Dice: «Os ruego, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, que ofrezcáis vuestros cuerpos como hostia viva, santa, grata a Dios; éste es vuestro culto racional. Que no os conforméis a este siglo, sino que os transforméis

por la renovación de la mente, para que procuréis conocer cuál es la voluntad de Dios, buena, grata y perfecta.

»Por la gracia que me ha sido dada, os encargo a cada uno de vosotros no sentir por encima de lo que conviene sentir, sino sentir modestamente, cada uno según Dios le repartió la medida de la fe. Pues a la manera que en un solo cuerpo tenemos muchos miembros, y todos los miembros no tienen la misma función, así nosotros siendo muchos, somos un solo cuerpo en Cristo, pero cada miembro está al servicio de los otros miembros. Así todos tenemos dones diferentes, según la gracia que nos fué dada; ya sea la profecía, según la medida de la fe; ya sea ministerio para servir; el que enseña, en la enseñanza; el que exhorta, para exhortar; el que da con sencillez; quien preside, presida con solicitud; quien practica la misericordia, hágalo con alegría» (*Rom.* 12, 1-8).

Es evidente que este texto está estrechamente relacionado con el capítulo doce de la primera *Epístola a los Corintios*. También en la *Epístola a los Romanos* se refiere San Pablo a la unidad y funciones de los miembros del cuerpo humano; usa la imagen del cuerpo para hacer intuitiva la unidad de los cristianos; también aquí les llama cuerpo, pero añade que son «un cuerpo en Cristo», o mejor, San Pablo explica que «nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo». El se incluye en ese cuerpo, lo que significa que habla inmediatamente a la comunidad de Roma pero la considera como a la de Corinto, representante de la Iglesia total. Para la exacta interpretación de este texto es decisiva la fórmula «en Cristo». ¿Qué significa? Evidentemente significa que el cuerpo que forman los cristianos está caracterizado por vivir en el campo de acción de Cristo; está totalmente configurado por la *dynamis* de Cristo; fluyen hasta él las fuerzas de Cristo resucitado y glorificado. La *Epístola a los Romanos* supera, pues, lo dicho en el capítulo doce de la primera a los *Corintios*. Aunque San Pablo tampoco dice formalmente en la *Epístola a los Romanos* que la Iglesia es cuerpo de Cristo, la fórmula «un cuerpo en Cristo» tiene ese sentido. Este texto afirma, por tanto, dos cosas: que los fieles de Roma en cuanto representantes de todos los creyentes forman una unidad interior y que esa unidad está caracterizada por ser unidad en Cristo, por ser, en consecuencia, el cuerpo de Cristo. Sólo se deduce este resultado si es acertada la interpretación dada aquí de la fórmula «en Cristo» (cfr. sobre este tema § 182).

B. *Epístolas de la cautividad*

1. Las afirmaciones de las *Epístolas a los Efesios* y a los *Colosenses* son un adelanto respecto a las hechas en las *Epístolas a los Corintios* y a los *Romanos*. Las *Epístolas a los Efesios* y a los *Colosenses* tratan de la cuestión que nos ocupa, pero Efesios contiene los testimonios más amplios y profundos sobre la Iglesia; su verdadero tema es la Iglesia. Los textos de estas dos epístolas se distinguen de los comentados hasta aquí, porque ahora la Iglesia es llamada formalmente cuerpo de Cristo, porque no usan la fórmula «un cuerpo en Cristo» y porque Cristo es caracterizado como Cabeza de la Iglesia. Un matiz digno de ser tenido en cuenta es que, mientras en las epístolas antes comentadas son llamados cuerpo de Cristo los creyentes, en las que vamos a estudiar es la Iglesia misma la llamada cuerpo de Cristo; además en las epístolas principales el Apóstol piensa inmediatamente en las comunidades o iglesias particulares y a través de ellas en la Iglesia total, mientras que en las epístolas de la cautividad se refiere inmediatamente a la Iglesia total.

Vamos a citar los textos; empezaremos con *Eph.* 2, 11-22:

«Por lo cual, acordaos de que un tiempo, vosotros, gentiles según la carne, incircuncisos por la llamada circuncisión, que se hace en la carne, estuvisteis entonces sin Cristo, alejados de la sociedad de Israel, extraños a la alianza de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo; mientras que ahora, por Cristo Jesús, los que un tiempo estábais lejos, habéis sido acercados por la sangre de Cristo; pues El es nuestra paz, que hizo de dos pueblos uno, derribando el muro de separación, la enemistad, anulado en su carne la Ley de los mandamientos formulada en decretos, para hacer en sí mismo de los dos un solo hombre nuevo, y estableciendo la paz, y reconciliándolos a ambos en un solo cuerpo con Dios, por la cruz, dando muerte en sí mismo a la enemistad. Y viniendo nos anunció la paz a los de cerca, pues por El tenemos los unos y los otros el poder de acercarnos al Padre en un mismo Espíritu. Por tanto, ya no sois extranjeros, y huéspedes, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas, siendo piedra angular el mismo Cristo Jesús, en quien bien trabada se alza toda la edificación para templo santo en el Señor, en quien vosotros también sois edificados para morada de Dios en el Espíritu.» En el primer capítulo de la misma epístola escribe San Pablo: «Iluminando los ojos de vuestro corazón. Con esto entenderéis cuál es la esperanza a que os ha llamado, cuáles las riquezas y la gloria de la herencia otorgada a los santos y cuál la excelsa grandeza de su poder para con nosotros, los creyentes, según la fuerza de su poderosa virtud, que El ejerció en Cristo, resucitándole de entre los muertos y sentándole a su diestra en los cielos, por encima de todo principado, potestad,

virtud y dominación y de todo cuanto tiene nombre, no sólo en este siglo, sino también en el venidero. A El sujetó todas las cosas bajo sus pies y le puso por cabeza de todas las cosas en la Iglesia, que es su cuerpo la plenitud del que lo acaba todo en todos» (*Eph.* 1, 18-23). Y en el capítulo cuarto escribe: «Así, pues, os exhorto yo, preso en el Señor, a andar de una manera digna de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad, mansedumbre y longanimidad soportándoos los unos a los otros con caridad, solícitos de conservar la unidad del espíritu mediante el vínculo de la paz. Sólo hay un cuerpo y un espíritu, como también una sola esperanza, la de vuestra vocación. Sólo un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos.

»A cada uno de nosotros ha sido dada la gracia en la medida del don de Cristo. Por lo cual dice: Subiendo a las alturas, llevó cautiva la cautividad, repartió dones a los hombres. Eso de «subir», ¿qué significa sino que primero bajó a estas partes bajas de la tierra? El mismo que bajó es el que subió sobre todos los cielos para llenarlo todo; y El constituyó a los unos apóstoles, a los otros profetas, a estos evangelistas, a aquellos pastores y doctores, para la perfección consumada de los santos, para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos alcancemos la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, cual varones perfectos, a la medida de la plenitud de Cristo, para que ya no seamos niños, que fluctúan y se dejan llevar de todo viento de doctrina por el engaño de los hombres, que para engañar emplean astutamente los artificios del error, sino que, al contrario, abrazados a la verdad, en todo crezcamos en caridad, llegándonos a aquel que es nuestra cabeza, Cristo, de quien todo el cuerpo, trabado y unidos por todos los ligamentos que lo unen y nutren para la operación propia de cada miembro, crece y se perfecciona en la caridad» (*Eph.* 4, 1-16). En el capítulo quinto de la misma epístola al hacer algunas advertencias a los casados, dice de la Iglesia: «Las casadas estén sujetas a sus maridos como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza de la Iglesia, y salvador de su cuerpo. Y como la Iglesia está sujeta a Cristo, así las mujeres a sus maridos en todo. Vosotros, los maridos, amad a vuestras mujeres, como Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella para santificarla, purificándola mediante el lavado del agua con la palabra, a fin de presentársela así gloriosa, sin mancha o arruga o cosa semejante, sino santa e intachable. Los maridos deben amar a sus mujeres como a su propio cuerpo. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama, y nadie aborrece jamás su propia carne, sino que la alimenta y la abriga como Cristo a la Iglesia, porque somos miembros de su cuerpo. Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán dos en una carne. Gran misterio éste, pero entendido de Cristo y de la Iglesia. Por lo demás, ame cada uno a su mujer, y ámela como a sí mismo, y la mujer reverencie a su marido» (*Eph.* 5, 22-33).

Vamos a citar también los textos más importantes de la *Epístola a los Colosenses*. En el capítulo primero escribe San Pablo: «El Padre nos libró del poder de las tinieblas y nos trasladó al reino del Hijo de su amor, en quien tenemos la redención y la remisión de los pecados; que es la imagen de Dios invisible, primogénito de toda criatura; porque en El fueron creadas todas las cosas del cielo y de la tierra, las visibles y las invisibles, los principados, las potestades; todo fué creado por El y para El. El es antes que

todo, y todo subsiste en El. El es la cabeza del cuerpo de la Iglesia; El es el principio, el primogénito de los muertos, para que tenga la primacía sobre todas las cosas. Y plugo al Padre que en El habitase toda la plenitud, y por El reconciliar consigo, pacificando por la sangre de su cruz todas las cosas, así las de la tierra como las del cielo. Y a vosotros, en otro tiempo extraños y enemigos de corazón por las malas obras, pero ahora reconciliados en el cuerpo de su carne, por su muerte, para presentaros santos e inmaculados e irrepreensibles delante de El, si perseveráis firmemente fundados e incommovibles en la fe y no os apartáis de la esperanza del Evangelio que habéis oído, que ha sido predicado a toda criatura bajo los cielos, y cuyo ministro he sido constituido yo, Pablo. Ahora me alegro de mis padecimientos por vosotros y suplo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo en su cuerpo, que es la Iglesia. Ministro suyo soy yo en virtud de la dispensación divina a mí confiada en beneficio vuestro, para llevar a cabo la predicación de la palabra de Dios, el misterio escondido desde los siglos y desde las generaciones y ahora manifestado a sus santos, a quienes de entre los gentiles quiso Dios dar a conocer cuál es la riqueza de la gloria de este misterio. Este, que es el mismo Cristo en medio de vosotros, es la esperanza de la gloria, a quien anunciamos, amonestando a todos los hombres e instruyéndoles en toda sabiduría, a fin de presentarlos a todos perfectos en Cristo, por lo cual me fatigo luchando con la energía de su fuerza, que obra poderosamente en mí» (*Col. 1, 13-29*). Y en el capítulo segundo dice: «Despojando a los principados y a las potestades, los sacó valientemente a la vergüenza, triunfando de ellos en la cruz. Que ninguno, pues, os juzgue por la comida o la bebida, por las fiestas, los novilunios o los sábados, sombra de lo futuro, cuya realidad es Cristo. Que nadie con afectada humildad o con el culto de los ángeles os prive del premio, haciendo alarde de lo que ha visto, hinchándose sin fundamento de su inteligencia carnal, y no teniendo la cabeza, por la cual el cuerpo entero, alimentado y trabado por las coyunturas y ligamentos, crece con crecimiento divino» (*Col. 2, 15-19*). Y en el capítulo tercero: «Despojaos del hombre viejo con todas sus obras y vestíos del nuevo, que sin cesar se renueva para lograr el perfecto conocimiento según la imagen de su Creador, en quien no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro o escita, siervo o libre, porque Cristo lo es todo en todos.

»Vosotros, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, revestíos de entrañas de misericordia, bondad, humildad, mansedumbre, longanimidad, soportándoos y perdonándoos mutuamente, siempre que alguno diere a otro motivo de queja. Como el Señor os perdonó, así también perdonaos vosotros. Pero por encima de todo esto, vestíos de la caridad, que es vínculo de perfección. Y la paz de Cristo reine en vuestros corazones, pues a ella habéis sido llamados en un solo cuerpo. Sed agradecidos. La palabra de Cristo habite en vosotros abundantemente, enseñándoos y exhortándoos unos a otros con toda sabiduría, con salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando y dando gracias a Dios en vuestros corazones. Y todo cuanto hacéis de palabra o de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por El» (*Col. 3, 9-17*).

2. La idea fundamental de todos los textos citados es la unidad en el único cuerpo de Cristo de los dos grupos de la humanidad

enemigos hasta ahora: judíos y gentiles. Los gentiles estaban lejos de Dios, pero Cristo les ha acercado y les ha dado acceso a Dios. Se han convertido en coherederos y copartícipes de las promesas y hasta en miembros todos de un mismo cuerpo (concorporales) (*syssoma Eph. 3, 6*); la humanidad dividida en otro tiempo por la enemistad se ha convertido en un solo pueblo de Dios. La exposición del Apóstol demuestra cuán estrechamente relacionado está el concepto «pueblo de Dios» con la imagen del cuerpo de Cristo. Los pertenecientes al antiguo pueblo de Dios se mezclan en una sola comunidad con los llamados del paganismo y todos juntos forman el nuevo pueblo de Dios. Este nuevo pueblo de Dios es el cuerpo de Cristo, porque ha sido creado por Cristo en su sangre y configurado en unidad con El mismo. San Pablo une en un solo movimiento las dos direcciones de la unidad existente en el pueblo de Dios—la unidad de los fieles entre sí y la unidad con Cristo—al escribir a los Gálatas: «Todos, pues, sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. Porque cuantos en Cristo habéis sido bautizados, os habéis vestido de Cristo. No hay ya judío o griego, no hay siervo o libre, no hay varón o hembra, porque todos sois uno en Cristo Jesús. Y si todos sois de Cristo, luego sois descendencia de Abraham, herederos según la promesa» (*Gal. 3, 26-29*). Las fórmulas «sois uno en Cristo» y «Cristo es todo en todos» (*Col. 3, 11*) significan que Cristo es la verdadera descendencia de Abraham (*Gal. 3, 16*). A El se refieren las promesas; quienes creen en El, viven en El; son totalmente hechos y conformados por El, están en su campo de acción; El es la fuerza personal que los configura; en cierto modo es su hombre interior, su nuevo principio vital. San Pablo expresa todas estas cosas con las fórmulas citadas. No pueden ser entendidas en el sentido de una identificación de Cristo y los cristianos; nada más lejos de la idea de San Pablo; así lo demuestra el hecho de que continuamente repita que la fe es el camino y la forma vital de la comunidad cristiana, que tiene su fundamento y estructura en el hecho de que los hombres se entregan a Cristo en la fe y más allá de la fe en el amor, en el hecho de que hacen la verdad en el amor (cfr. *Jo. 3, 21*). San Pablo no defiende el pancristismo metafísico, sino un encuentro personal en la línea de la historia sagrada que incide en lo ontológico.

De la unidad de los cristianos con Cristo y entre sí fundada por el bautismo y la fe deduce el apóstol las normas para la vida cristiana y las formula en distintas advertencias. Su cumplimiento aumenta continuamente la intensidad de la comunidad de los cristianos

entre sí y con Cristo. San Pablo parte de la idea de que el cuerpo de Cristo ha sido edificado para aumentar continuamente su vitalidad. La Iglesia es una humanidad nueva cuyo principio y fundamento es Cristo, que es el hombre nuevo en quien toda la humanidad se ha renovado como en un anteproyecto; de El reciben lo nuevo el judío y el gentil y se reúnen en una humanidad conciliada con Dios y en paz consigo misma; ésta es la humanidad que San Pablo llama «cuerpo» y «cuerpo de Cristo». En este cuerpo habita la paz; los miembros de este cuerpo tienen acceso al Padre; siempre tienen la puerta abierta al Padre precisamente por ser miembros del cuerpo de Cristo, de la Iglesia. El individuo sólo puede llegar a Dios en cuanto persona-miembro de la Iglesia; al llegar a El es salvado como persona individual.

San Pablo dice también que la Iglesia es una construcción, una casa, una ciudad, un estado. Ya antes hemos visto que la idea del «pueblo de Dios» se relacionaba con la imagen del «cuerpo de Cristo»; lo mismo ocurre con la idea de casa o ciudad de Dios, que no es más que una forma especial del concepto pueblo de Dios. La casa de Dios, de que habla San Pablo no es una construcción en que se alberguen los cristianos; la casa y la ciudad de Dios son constituidas por los cristianos mismos, que son las piedras vivas. Si observamos todas estas relaciones no podremos menos de caer en la cuenta de que el centro de toda la descripción esencial que hace el apóstol es la idea del cuerpo de Cristo. Vamos a continuar con ella.

La Iglesia es cuerpo de Cristo porque ha sido creada por El, no porque la encontrara ya formada y se la incorporara; fué El quien creó este cuerpo; estaba ordenado a esta acción creadora ya que, según la descripción que San Pablo nos da en *Eph.* y *Col.*, Cristo es la cabeza del universo, la cabeza de toda la humanidad. Cristo es el hombre nuevo; en El está potencialmente dada la nueva humanidad. Lo que está potencialmente en El es realizado al fundar la Iglesia. La fundación de la Iglesia es, por tanto, el cumplimiento de aquello para lo que Cristo fué enviado e incluso para lo que está ordenado según su ser más íntimo.

Cristo es el salvador de su cuerpo, es decir, de los creyentes unidos por El (*Eph.* 5, 23; *Phil.* 3, 20). Amó y se entregó a su cuerpo —la Iglesia— para configurar regiamente a la comunidad de los que creían en El como a una esposa. El concepto figurativo «cuerpo de Cristo» se relaciona así con la imagen de la Iglesia-esposa. Luego hablaremos de este tema. Cristo es además descrito como fuerza

y fundamento del crecimiento y del orden de la Iglesia; El es también el conservador y mantenedor de su cuerpo (Pío XII). Al hablar de la visibilidad de la Iglesia estudiaremos más detenidamente el orden. La meta del crecimiento es la plenitud del cuerpo de Cristo.

3. a) Es característica de la *Epístola a los Efesios* y lo mismo de la *Epístola a los Colosenses*, la idea de que Cristo es la cabeza de su cuerpo la Iglesia; aparece cinco veces en los textos citados. La idea de que una comunidad comparable a un cuerpo tiene una cabeza sólo tiene vagos precedentes en el ámbito extrabíblico. Dice, por ejemplo, Séneca (*De clementia* II, 2, 1): «De la cabeza procede el bienestar; por eso según el alma vigile o duerma, todo es activo y despierto o soñoliento.» También en los escritos del judaísmo tardío aparece algún lejano paralelo; el testamento de Sebulón advierte: «No os dividáis en dos cabezas; pues todo lo que el Señor ha hecho tiene una sola cabeza y dos hombros, dos manos, dos pies y todos los demás miembros; he leído en una escritura de mis padres que pronto... os dividiréis y seguiréis a dos reyes.»

Incluso en los escritos judíos es rara la imagen de la «cabeza» aplicada a los gobernantes; la imagen cuerpo-cabeza es, por tanto, una creación de San Pablo. San Pablo quiere decir dos cosas con la palabra «cabeza»: que Cristo está sobre la Iglesia y la Iglesia está subordinada a El y que hay comunidad de vida entre Cristo y la Iglesia.

b) El papa Pío XII explicó la verdad de que Cristo es Cabeza de la Iglesia de la manera siguiente:

«En segundo lugar, se prueba que este cuerpo místico, que es la Iglesia, lleva el nombre de Cristo, por el hecho de que El ha de ser considerado como su Cabeza. El—dice San Pablo—es la Cabeza del Cuerpo de la Iglesia (*Col. 1, 18*). El es la Cabeza, partiendo de la cual todo el Cuerpo, dispuesto con debido orden, crece y se aumenta para su propia edificación (*Eph. 4, 16; Col. 2, 19*).

»Bien conocéis, venerables hermanos, con cuán convincentes argumentos han tratado de este asunto los maestros de la teología escolástica, y principalmente el Angélico y Común Doctor; y sabéis perfectamente que los argumentos por él aducidos responden fielmente a las razones alegadas por los Santos Padres, los cuales, por lo demás, no hicieron otra cosa que referir y con sus comentarios explicar la doctrina de la Sagrada Escritura.

»Nos place, sin embargo, para común utilidad, tratar aquí sucin-

tamente de esta materia. Y en primer lugar, es evidente que el Hijo de Dios y de la Bienaventurada Virgen María se debe llamar, por la singularísima razón de su excelencia, Cabeza de la Iglesia. Porque la Cabeza está colocada en lo más alto. Y ¿quién está colocado en más alto lugar, que Cristo Dios, el cual, como Verbo del Eterno Padre debe ser considerado como primogénito de toda criatura? (*Col. 1, 15*). ¿Quién se halla en más elevada cumbre que Cristo hombre, que nacido de una Madre inmune de toda mancha, es Hijo verdadero y natural de Dios, y por su admirable y gloriosa resurrección, con la que se levantó triunfador de la muerte, es primogénito de entre los muertos? (*Col. 1, 18; Apoc. 1, 5*). ¿Quién, finalmente, está colocado en más alta cima que Aquel que como único mediador de Dios y de los hombres (*1 Tim. 2, 5*) junta de una manera tan admirable el cielo con la tierra; que elevado en la Cruz como en un solio de misericordia, atrajo todas las cosas a Sí mismo (*Jo. 12, 32*); y que elegido—entre infinitos millares—hijo del hombre, es más amado por Dios que todos los hombres, que todos los ángeles y que todas las cosas creadas? (Cfr. *Cyr. Alex. Comm. in Jo. 1, 4; PG 73, 69; Th. 1, 20, 4 ad 1*).

»Pues bien, si Cristo ocupa un lugar tan sublime, con toda razón es el único que rige y gobierna la Iglesia; y también por este título se asemeja a la Cabeza. Ya que para usar las palabras de San Ambrosio, así como la cabeza es la ciudadela regia del cuerpo (*Hexaem. 6, 55; PL 14, 265*) y desde ella, por estar adornada con mayores dotes, son dirigidos naturalmente todos los miembros a los que está sobrepuesta para mirar por ellos (cfr. *Aug. De agone christ. 20, 22; PL 40, 301*), así el Divino Redentor rige el timón de toda la sociedad cristiana y gobierna sus destinos. Y puesto que regir la sociedad humana no es otra cosa que conducirla al fin que le fué señalado con medios aptos y rectamente (cfr. *Th. 1, 22, 1-4*), es fácil ver cómo nuestro Salvador, imagen y modelo de buenos Pastores (cfr. *Jo. 10, 1-18; Pet. 5, 1-15*), ejercita todas estas cosas de manera admirable.

»Porque El, mientras moraba en la tierra, nos instruyó, por medio de leyes, consejos y avisos, con palabras que jamás pasarán y serán para los hombres de todos los tiempos espíritu y vida (cfr. *Jo. 6, 63*). Y además concedió a los Apóstoles y a sus sucesores la triple potestad de enseñar, regir y llevar a los hombres a la santidad; potestad que, determinada con especiales preceptos, dere-

chos y deberes, fué establecida por El como ley fundamental de toda la Iglesia.

»Pero también directamente dirige y gobierna por sí mismo el Divino Salvador la sociedad por El fundada. Porque El reina en las mentes y en las almas de los hombres y doblega y arrastra hacia su beneplácito aún las voluntades más rebeldes. «El corazón del rey está en manos del Señor; lo inclinará adonde quisiere» (*Prov.* 21, 1). Y con este gobierno interior, no solamente tiene cuidado de cada uno en particular, como pastor y obispo de nuestras almas (*cfr. I Pe.* 2, 25); sino que además mira por toda la Iglesia, ya iluminando y fortaleciendo a sus jerarcas para cumplir fiel y fructuosamente los respectivos cargos, ya también suscitando del seno de la Iglesia, especialmente en las más graves circunstancias, hombres y mujeres eminentes en santidad, que sirvan de ejemplo a los demás fieles para el provecho de su cuerpo místico. Añádase a esto que Cristo desde el cielo mira siempre con particular afecto a su esposa inmaculada, desterrada en este mundo; y cuando la ve en peligro, ya por sí mismo, ya por sus ángeles (*cfr. Act.* 8, 26; 1-19; 10, 1-7; 12, 3, 10), ya por Aquella que invocamos como auxilio de los cristianos, y por otros celestiales abogados, la libra de las oleadas de la tempestad, y, tranquilizado y apaciguado el mar, le consuela con aquella paz que supera todo sentido (*Phil.* 4, 7).

»Ni se ha de creer que su gobierno se ejerce solamente de un modo invisible (*cfr. León XIII, Satis cognitum, A. S. S.* 28, 725) y extraordinario, siendo así que también de una manera patente y ordinaria gobierna el Divino Redentor, por su Vicario en la tierra, a su cuerpo místico. Porque ya sabéis, venerables hermanos, que Cristo nuestro Señor, después de haber gobernando por sí mismo durante su mortal peregrinación a su pequeña grey (*Lc.* 12, 32), cuando estaba para dejar este mundo y volver a su Padre, encomendó el régimen visible de la sociedad por El fundada al Príncipe de los Apóstoles. Ya que, sapientísimo como era, de ninguna manera podía dejar sin una cabeza visible el cuerpo social de la Iglesia que había fundado. Ni para debilitar esta afirmación puede alegarse que a causa del Primado de jurisdicción establecido en la Iglesia, este Cuerpo místico tiene dos cabezas. Porque Pedro, en fuerza del primado, no es sino el Vicario de Cristo, por donde no existe más que una Cabeza primaria de este Cuerpo, es decir, Cristo; el cual sin dejar de regir secretamente por sí mismo a la Iglesia, que, después de su gloriosa Ascensión a los cielos, se funda no sólo en El, sino

también en Pedro, como en fundamento visible, la gobierna además visiblemente por aquel que en la tierra representa su persona. Que Cristo y su Vicario constituyen una sola Cabeza, lo enseñó solemnemente nuestro predecesor Bonifacio VIII, de i. m., por las letras apostólicas *Unam Sanctam* (cfr. *Corp. Jur. Canoc. Extr. comm.* 1, 8, 1) y nunca desistieron de inculcar lo mismo sus sucesores.

»Hállanse, pues, en un peligroso error quienes piensan poder abrazar a Cristo, Cabeza de la Iglesia, sin adherirse fielmente a su Vicario en la tierra. Porque quitando esta cabeza visible, y rompiendo los vínculos sensibles de la unidad, oscurecen y deforman el Cuerpo místico del Redentor, de tal manera, que los que andan en busca del puerto de salvación no pueden verlo ni encontrarlo.

»Y lo que en este lugar nos hemos dicho de la Iglesia universal, debe afirmarse también de las particulares comunidades cristianas tanto orientales como latinas, de las que se compone la única Iglesia católica: por cuanto ellas son gobernadas por Jesucristo con la palabra y la potestad del obispo de cada una. Por lo cual los obispos no solamente han de ser considerados como los principales miembros de la Iglesia universal, como quienes están ligados con un vínculo especialísimo con la Cabeza divina de todo el Cuerpo, y por ello con razón son llamados «partes principales de los miembros del Señor» (Greg M., *Moral.* 14, 35, 43; PL 75, 1062); sino que por lo que a su propia diócesis se refiere, apacientan y rigen como verdaderos pastores, en nombre de Cristo, la grey que a cada uno ha sido confiada (Conc. Vat., *Const. de Eccl.* c. 3), pero, haciendo esto, no son completamente independientes, sino que están puestos bajo la autoridad del Romano Pontífice, aunque gozan de jurisdicción ordinaria, que el mismo Sumo Pontífice directamente les ha comunicado. Por lo cual han de ser venerados por los fieles como sucesores de los Apóstoles por institución divina (cfr. *C. I. C.* c. 329, 1), y más que a los gobernantes de este mundo, aún los más elevados, conviene a los obispos, adornados como están con el crisma del Espíritu Santo, aquel dicho: «no toquéis a mis ungidos» (*1 Par.* 16, 22; *Ps.* 104, 15).

»Por lo cual Nos sentimos grandísima pena cuando llega a nuestros oídos que no pocos de nuestros hermanos en el Episcopado, sólo porque son verdaderos modelos del rebaño (cfr. *1 Pet.* 5, 3), y por defender fiel y enérgicamente, según su deber, el depósito de la fe (cfr. *1 Tim.* 6, 20), que les fué encomendado; sólo por mantener celosamente las leyes santísimas, esculpidas en los ánimos de los

hombres, y por defender, siguiendo el ejemplo del supremo Pastor, la grey a ellos confiada, de los lobos rapaces, no sólo tienen que sufrir las persecuciones y vejaciones dirigidas contra ellos mismos, sino también—lo que para ellos suele ser más cruel y doloroso—las levantadas contra las ovejas puestas bajo sus cuidados, contra sus colaboradores en el apostolado, y aún contra las vírgenes consagradas a Dios. Nos, considerando tales injurias como inferidas a Nos mismo, repetimos las sublimes palabras de nuestro predecesor, de ilustre memoria, San Gregorio Magno: «Nuestro honor es el honor de la Iglesia universal; nuestro honor es la firme fortaleza de nuestros hermanos; y entonces Nos sentimos honrados de veras, cuando a cada uno de ellos no se le niega el honor que le es debido» (Cfr. *Ep. ad Eulogium*, 30; PL 77, 933).

»Mas no por esto se vaya a pensar que la Cabeza, Cristo, al estar colocada en tan elevado lugar no necesita de la ayuda del Cuerpo. Porque también de este místico Cuerpo cabe decir lo que San Pablo afirma del organismo humano: «No puede decir... la cabeza a los pies: no necesito de vosotros» (*I Cor.* 12, 21). Es cosa evidente que los fieles necesitan del auxilio del Divino Redentor, puesto que El mismo dijo: «Sin Mí nada podéis hacer» (*Jo.* 15, 5); y según el dicho del Apóstol todo el crecimiento de este cuerpo en orden a su desarrollo proviene de la Cabeza, que es Cristo (cfr. *Eph.* 4, 16; *Col.* 2, 19). Con todo ha de afirmarse, aunque parezca completamente extraño, que Cristo también necesita de sus miembros. En primer lugar, porque la persona de Cristo es representada por el romano pontífice, el cual para no sucumbir bajo la carga de su oficio pastoral, tiene que llamar a participar de sus cuidados a muchos, y diariamente tiene que ser ayudado por las oraciones de toda la Iglesia. Además, nuestro Salvador, como no gobierna la Iglesia de un modo visible, quiere ser ayudado por los miembros de su cuerpo místico en el desarrollo de su función redentora. La cual no proviene de necesidad o insuficiencia por parte suya, sino más bien porque El mismo así lo dispuso para mayor honra de su Esposa immaculada. Porque, mientras moría en la Cruz, concedió a su Iglesia el inmenso tesoro de su redención, sin que ella pusiese nada de su parte; en cambio cuando se trata de la distribución de este tesoro, no sólo comunica a su Esposa sin mancha la obra de la santificación, sino que quiere que en alguna manera provenga de ella. Misterio verdaderamente tremendo y que jamás se meditará bastante, el que la salvación de muchos dependa de las oraciones y voluntarias

mortificaciones de los miembros del Cuerpo místico de Jesucristo, dirigidas a este objeto, y de la colaboración de los pastores y de los fieles, sobre todo de los padres y madres de familia, con la que vienen a ser como cooperadores de nuestro divino Salvador.

»A las razones expuestas para probar que Cristo nuestro Señor es Cabeza de su Cuerpo social, hemos de añadir ahora otras tres íntimamente ligadas entre sí.

»Comencemos por la mutua conformidad que existe entre la Cabeza y el Cuerpo, siendo como son de la misma naturaleza. Para lo cual es de notar que nuestra naturaleza, aunque inferior a la angélica, por bondad de Dios supera a la de los ángeles: «Porque Cristo, como dice Santo Tomás, es cabeza de los ángeles. Porque Cristo es superior a los ángeles aún en cuanto a la humanidad... Además, en cuanto hombre ilumina a los ángeles e influye en ellos. Pero en cuanto a la conformidad de la naturaleza, Cristo no es cabeza de los ángeles, porque no asumió la naturaleza angélica, sino—según dice el Apóstol—el linaje de Abraham» (*Comm. in ep. ad Eph. c. 1, lect. 8; Hebr. 2, 16-17*). Y no solamente asumió Cristo nuestra naturaleza, sino que además en un cuerpo frágil, pasible y mortal se ha hecho consanguíneo nuestro. Pues si el Verbo se anonadó a sí mismo tomando la forma de esclavo (*Phil. 2, 7*), lo hizo para hacer participantes de la naturaleza divina a sus hermanos según la carne (cfr. *II Pet. 1, 4*), tanto en este destierro por medio de la gracia santificante, cuanto en la patria celestial por la eterna bienaventuranza. Por esto el Hijo Unigénito del Eterno Padre quiso hacerse hombre, para que nosotros fuéramos conformes a la imagen del Hijo de Dios (cfr. *Rom. 8, 29*) y nos renovásemos según la imagen de Aquel que nos creó (cfr. *Col. 3, 10*). Por lo cual, todos los que se glorian de llevar el nombre de cristianos, no sólo han de contemplar a nuestro divino Salvador como un excelso y perfectísimo modelo de todas las virtudes, sino que, además, por el solícito cuidado de evitar los pecados y por el más esmerado empeño en ejercitar la virtud, han de reproducir de tal manera en sus costumbres la doctrina y la vida de Jesucristo, que cuando apareciere el Señor sean hechos semejantes a El en la gloria, viéndole tal como es (cfr. *I Jo. 3, 2*).

Y de la misma manera que quiere Jesucristo que todos los miembros sean semejantes a El, así quiere también que lo sea todo el Cuerpo de la Iglesia. Lo cual en realidad se consigue cuando ella, siguiendo las huellas de su fundador, enseña, gobierna e inmola el

divino sacrificio. Ella, además, cuando abraza los consejos evangélicos reproduce en sí misma la pobreza, la obediencia y la virginidad del Redentor. Ella, por las múltiples y variadas instituciones, que son como adornos con que se embellece, muestra en alguna manera a Cristo, ya contemplando en el monte, ya predicando a los pueblos, ya sanando a los enfermos y convirtiendo a los pecadores, ya finalmente haciendo bien a todos. No es, pues, de maravillar que la Iglesia, mientras se halla en esta tierra, padezca persecuciones, molestias y trabajos, a ejemplo de Cristo.

»Es también Cristo Cabeza de la Iglesia, porque al sobresalir El por la plenitud y perfección de los dones celestiales, su Cuerpo místico recibe algo de aquella su plenitud. Porque—como notan muchos Santos Padres—así como la cabeza de nuestro cuerpo mortal está dotada de todos los sentidos, mientras que las demás partes de nuestro organismo solamente poseen el sentido del tacto, así de la misma manera todas las virtudes, todos los dones, todos los carismas que adornan a la sociedad cristiana resplandecen perfectísimamente en su Cabeza, Cristo. Plugo [al Padre] que habitara en El toda la plenitud (*Col. 1, 19*). Brillan en El todos los dones sobrenaturales que acompañan a la unión hipostática: puesto que en El habita el Espíritu Santo con tal plenitud de gracia que no puede imaginarse otra mayor. A El ha sido dada la potestad sobre toda carne (*cfr. Jo. 17, 2*); en El están abundantísimamente todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (*Col. 2, 3*). Y posee de tal modo la ciencia de la visión beatífica, que tanto en amplitud como en claridad supera a la que gozan todos los bienaventurados del cielo. Y finalmente está tan lleno de gracia y santidad, que de su plenitud inexhausta todos participamos (*cfr. Jo. 1, 14-16*).

»Estas palabras del discípulo predilecto de Jesús, Nos mueven a exponer la última razón por la cual se muestra de una manera especial que Cristo nuestro Señor es la Cabeza de su Cuerpo místico. Porque así como los nervios se difunden desde la cabeza a todos nuestros miembros, dándoles la facultad de sentir y de moverse, así nuestro Salvador derrama en su Iglesia su poder y eficacia, para que con ella los fieles conozcan más claramente y más ávidamente deseen las cosas divinas. De El se deriva al Cuerpo de la Iglesia toda la luz con que los creyentes son iluminados por Dios, y toda la gracia con que se hacen santos, como El es santo.

»Cristo ilumina a toda su Iglesia; lo cual se prueba con casi innumerables textos de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres.

«A Dios nadie jamás le vió; el Hijo Unigénito, que está en el seno del Padre, es quien nos lo ha dado a conocer» (Cfr. *Jo.* 1, 18). Viendo de Dios como maestro (*Jo.* 3, 2), para dar testimonio de la verdad (*Jo.* 18, 37), de tal manera ilustró a la primitiva Iglesia de los Apóstoles, que el príncipe de ellos exclamó: «¿Señor, a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna» (*Jo.* 6, 68); de tal manera asistió a los evangelistas desde el cielo que escribieron, como miembros de Cristo, lo que conocieron como dictándoles la cabeza (Aug. *De cons. evang.* I, 35, 54; PL 34, 1070). Y aún hoy día es para nosotros que moramos en este destierro, autor de nuestra fe, como será un día su consumidor en la patria celestial (*Hebr.* 12, 2). El infunde en los fieles la luz de la fe: El enriquece con los dones sobrenaturales de ciencia, inteligencia y sabiduría a los pastores y a los doctores, y principalmente a su Vicario en la tierra, para que conserven fielmente el tesoro de la fe, lo defiendan con valentía y corroboren piadosa y diligentemente; El, por fin, aunque invisible, preside e ilumina los Concilios de la Iglesia (Cyr. Alex. ep. 55 de *Symb.*; PG 77, 293).

»Cristo es autor y causa de santidad. Porque no puede obrarse ningún acto saludable que no proceda de El como de fuente sobrenatural. «Sin Mí nada podéis hacer» (*Jo.* 15, 5). Cuando por los pecados cometidos nos movemos a dolor y penitencia, cuando con temor filial y con esperanza nos convertimos a Dios, siempre procedemos movidos por El. La gracia y la gloria proceden de su inexhausta plenitud. Todos los miembros de su Cuerpo místico y sobre todo los más importantes reciben del Salvador dones constantes de consejo, fortaleza, temor y piedad, a fin de que todo el cuerpo aumente cada día más en integridad y en santidad de vida. Y cuando los sacramentos de la Iglesia se administran con rito externo, El es quien produce el efecto interior en las almas (cfr. *Th.* 3, 64 a. 3). Y, asimismo, El es quien, alimentando a los redimidos con su propia carne y sangre, apacigua los desordenados y turbulentos movimientos del alma; El es quien aumenta las gracias y prepara la gloria a los cuerpos y a las almas. Y estos tesoros de su divina bondad los distribuye a los miembros de su Cuerpo místico, no sólo por el hecho de que los implora como hostia eucarística en la tierra y glorificada en el cielo, mostrando sus llagas y elevando oraciones al eterno Padre, sino también porque escoge, determina y distribuye a cada uno las gracias peculiares «según la medida de la donación de Cristo» (*Eph.* 4, 7). De donde se sigue que recibiendo fuerza del

divino Redentor como de manantial primario, «todo el cuerpo trabado y concertado entre sí recibe por todos los vasos y conductos de comunicación, según la medida correspondiente a cada miembro, el aumento propio del cuerpo, para su perfección, mediante la caridad (*Eph.* 4, 16; cfr. *Col.* 2, 19).

»Lo que acabamos de exponer, venerables hermanos, explanando breve y concisamente la manera cómo quiere Cristo nuestro Señor que de su divina plenitud afluyan sus abundantes dones a toda la Iglesia, a fin de que ésta se le asemeje en cuanto es posible, sirve no poco para explicar la tercera razón con la que se demuestra que el Cuerpo social de la Iglesia se honra con el nombre de Cristo; la cual consiste en el hecho de que nuestro divino Redentor sustenta de manera divina a la sociedad por El fundada.

»Como sutil y agudamente advierte Belarmino (cfr. *De Rom. Pont.* 1, 9; *De conc.* 2, 19) este nombre de Cuerpo de Cristo no solamente proviene del hecho de que Cristo debe ser considerado Cabeza de su Cuerpo místico, sino de que así sustenta a su Iglesia, y así vive en cierta manera en Ella, que ésta subsiste casi como una segunda persona de Cristo. Lo cual ciertamente lo afirma el Doctor de las Gentes escribiendo a los Corintios, cuando sin más aditamento llama «Cristo» a la Iglesia (cfr. *I Cor.* 12, 12), imitando con ello al divino Maestro que a aquel que perseguía a la Iglesia le habló de esta manera: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» (*Act.* 9, 4; 22, 7; 26, 14). Más aún, si creemos al Niseno, el Apóstol con frecuencia llama «Cristo» a la Iglesia (Greg. Niss. *De vita Moysis*; PG 44, 385); y no ignoráis, venerables hermanos, aquel dicho de San Agustín: «Cristo predica a Cristo» (cfr. *Serm.* 354, 1; PL 39, 1563).

»Sin embargo, tan excelso nombre no se ha de entender como si aquel vínculo inefable, por el que el Hijo de Dios asumió una concreta naturaleza humana, se hubiera de extender a la Iglesia universal; sino que significa cómo nuestro Salvador de tal manera comunica a su Iglesia los bienes que le son propios, que la Iglesia, en todos los órdenes de su vida, tanto visible como invisible, reproduce en sí lo más perfectamente posible la imagen de Cristo. Porque por la misión jurídica, con la que el divino Redentor envió a los Apóstoles al mundo, como El mismo había sido enviado por el Padre (*Jo.* 17, 18 y 20, 21), El es quien por la Iglesia bautiza, enseña, gobierna, desata, liga, ofrece, sacrifica.

»Y por aquel don más elevado, interior y verdaderamente sublime, de que arriba hablamos, describiendo cómo influye la Cabeza

en los miembros, Cristo nuestro Señor hace que la Iglesia viva de su misma vida divina, da vida a todo el cuerpo con su virtud infinita, y alimenta y sustenta a cada uno de los miembros, según el lugar que en el Cuerpo ocupan, como la vid, si a ella están unidos, nutre sus sarmientos y hace que fructifiquen (León XIII, *Sapientiae christianae*, A. S. S. 22, 392; *Satis Cognitum*, ib. 28, 710).

»Y si consideramos atentamente este principio de vida y de virtud dado por Cristo, en cuanto constituye la fuente misma de todo don y de toda gracia creada, entenderemos fácilmente que no es otro sino el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, y que de una manera peculiar se llama Espíritu de Cristo o Espíritu del Hijo (*Rom.* 8, 9; *II Cor.* 3, 17; *Gal.* 4, 6). Por obra de este Espíritu de gracia y de verdad, el Hijo de Dios adornó su alma en el seno inmaculado de la Virgen; este Espíritu tiene sus delicias en habitar en el alma bienaventurada del Redentor como en su amadísimo templo; este Espíritu nos lo mereció con su sangre derramada en la Cruz; este Espíritu, finalmente, alentado sobre sus Apóstoles, lo concedió a la Iglesia para la remisión de los pecados (cfr. *Jo.* 20, 22); y mientras sólo Cristo recibió este Espíritu sin medida (cfr. *Jo.* 3, 34), a los miembros de su Cuerpo místico se les da de la plenitud de Cristo, sólo en la medida de la donación del mismo Cristo (cfr. *Eph.* 1, 8; 4, 7). Y después que Cristo fué glorificado en la Cruz, su Espíritu se comunica a la Iglesia en una efusión abundantísima, a fin de que ella y cada uno de sus miembros se asemejen cada día más a nuestro d vino Salvador. El Espíritu de Cristo es el que nos hizo hijos adoptivos de Dios (cfr. *Rom.* 8, 14-17; *Gal.* 4, 6-7), para que algún día «todos nosotros, contemplando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, nos transformemos en la misma imagen de gloria, en gloria» (cfr. *II Cor.* 3, 18).

»A este Espíritu de Cristo como a principio invisible, ha de atribuirse también el que todas las partes estén íntimamente unidas, tanto entre sí, como está todo en la Cabeza, todo en el Cuerpo, todo en cada uno de los miembros: en los cuales está presente asistiéndoles de muchas maneras y según sus diversos cargos y oficios, según el mayor o menor grado de perfección espiritual de que gozan. El, con su celestial hálito de vida, ha de ser considerado como el principio de toda acción vital y saludable en todas las partes del Cuerpo místico. El, aunque se halle presente por sí mismo en todos los miembros y en ellos obre con su divino influjo, se sirve del ministerio de los superiores para actuar en los inferiores. El, finalmente,

mientras engendra cada día nuevos miembros a la Iglesia con la acción de su gracia, rehusa habitar con la gracia santificante en los miembros totalmente separados del Cuerpo. Presencia y operación del Espíritu de Cristo, que significó breve y concisamente nuestro predecesor León XIII, de i. m., en su encíclica *Divinum illud* con estas palabras: «baste afirmar esto: que mientras Cristo es la Cabeza de la Iglesia, el Espíritu Santo es su alma» (A. S. S. 29, 650).

»Pero ni consideramos esta virtud y fuerza vital, con la que toda la comunidad cristiana es sustentada por su Fundador, no ya en sí misma, sino en los efectos creados que de ella nacen, veremos que consiste en los dones celestiales que nuestro Redentor concede a la Iglesia juntamente con su Espíritu y produce a una con este mismo dador de la luz sobrenatural y autor de la santidad. Así que la Iglesia, lo mismo que todos sus santos miembros, pueden hacer suya esta sublime frase del Apóstol: «Y yo vivo, o más bien no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí» (*Gal. 2, 20*).

»Nuestra exposición en torno a la Cabeza mística (cfr. Ambros. *De Elia et ieiun.* 10, 36-37, y *in Ps. 118, serm.* 20, 2; PL 710 y 15, 1483) quedaría incompleta, si no tratáramos, siquiera brevemente de aquel texto del Apóstol: «Cristo es la Cabeza de la Iglesia: El es el salvador de su Cuerpo» (*Eph. 5, 23*). Porque con estas palabras se indica la última razón por la que el Cuerpo de la Iglesia se honra con el nombre de Cristo: a saber, que Cristo es el Salvador divino de este Cuerpo. El, con toda justicia fué llamado por los samaritanos «Salvador del mundo» (*Jo. 4, 42*); más aún, sin ninguna vacilación debe ser llamado «Salvador de todos», aunque con San Pablo hay que añadir «mayormente de los fieles» (cfr. *I Tim. 4, 18*). Es decir, que con preferencia sobre los demás adquirió con su sangre aquellos sus miembros que constituyen la Iglesia (*Act. 20, 28*). Pero, habiendo expuesto ya estas cosas, cuando anteriormente hemos tratado del nacimiento de la Iglesia en la Cruz, de Cristo dador de la luz y causa de la santidad, y de El mismo como sustentador de su Cuerpo místico, no hay por qué las explayemos más largamente, sino más bien meditémoslas con ánimo humilde y atento, dando gracias incesantes a Dios. Y lo que nuestro Salvador incoó un día, no deja de hacerlo constantemente y sin interrupción en la patria bienaventurada: «Nuestra Cabeza, dice San Agustín, intercede por nosotros: a unos miembros los recibe, a otros los azota, a otros los limpia, a otros los consuela, a otros los crea, a otros los llama, a otros los vuelve a llamar, a otros los corrige, a otros los reintegra»

(*Enarr. in Psal.* 85, 5; PL 37, 1085). Y a Cristo debemos prestar ayuda en esta obra salvadora todos nosotros, pues «de uno mismo y por uno mismo recibimos la salvación y la damos» (Clem. Alex. *Stromata* 7, 2; PG 9, 413) [Traducción de *Colección de Encíclicas y documentos pontificios*, ed. A. C. E., núms. 15-27].

c) Santo Tomás de Aquino se plantea la cuestión de si Cristo es la cabeza de la Iglesia y en qué sentido lo es; contesta: «Dada su semejanza con el cuerpo natural del hombre la Iglesia es llamada cuerpo místico. Pues en éste como en aquél los distintos miembros tienen distintas funciones» (*Rom.* 12, 4. 5; *1 Cor.* 12, 12). También Cristo es llamado cabeza de la Iglesia por su semejanza con la *cabeza del hombre*. En esto hay que considerar tres cosas: la posición de la cabeza, su perfección y su fuerza.

1. Su posición: la cabeza es la parte primera y superior del cuerpo humano y por eso se suele a veces llamar cabeza a lo primero y principal...

2. Su perfección: la cabeza es asiento de los sentidos internos y externos, mientras que los demás miembros sólo son asiento del tacto...

3. Su fuerza: de la cabeza parten la fuerza y el movimiento de los demás miembros; también dirige su actividad por la fuerza animadora y motriz que tiene... Todo esto compete a Cristo espiritualmente. Por su unión a Dios su gracia es primera y superior, aunque no en el tiempo; pues todos los demás hombres reciben la gracia en consideración a su gracia: porque a los que de antes conoció, a esos los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo para que éste sea el primogénito entre muchos hermanos (*Rom.* 8, 29). Por lo que respecta a la perfección, Cristo tuvo todas las gracias. *Jo.* 1, 14: le vimos lleno de gracia y verdad. Finalmente es también el manantial de fuerza del que fluyen todas las gracias a los miembros; todos recibimos de su plenitud (*Jo.* 1, 16)» (*Suma Teológica* III, q. 8, art. 1).

Los editores de la *Deutsche Thomas-Ausgabe* (tomo 25, pág. 426) dicen: «El Cristo histórico que vivió en Palestina, padeció y subió al cielo, está en el cielo; pero en la virtud de Dios, que se sirvió de El en su obra salvadora, se extiende y amplía en cierto modo. La virtud y fuerza de Dios continúa la virtud humana de Cristo. Y por ese conocimiento está presente en todas las almas que de algún modo participan de la gracia. Es cierto que en primer término obra la fuerza de Dios, pero sólo en unión con la humanidad de Cristo; no es el obrar ordinario de Dios, sino un obrar con Cristo y por

Cristo hombre. Y de la misma manera que la acción ordinaria de Dios—en especial su actividad conservadora—constituye el fundamento de la omnipresencia divina, mediante la actividad divina con Cristo y por Cristo nosotros logramos también una especial cercanía y proximidad a Cristo y El se nos hace presente de manera especial... El Cristo activo, amplificado, es una misteriosa unidad entitativa: la unidad del Cristo místico o Iglesia.»

d) aa) De los dos momentos característicos y constitutivos del ser-cabeza vamos a estudiar ahora el primero: la superioridad de Cristo y la subordinación de la Iglesia. La Iglesia está subordinada a Cristo como la esposa al marido; depende de El en todo, porque El es su Señor; tiene que obedecerle; la desobediencia a Cristo, su Señor, sería una contradicción de su existencia; la Iglesia no tiene existencia independiente y autónoma; no puede decidirse ni obrar por su cuenta; no le ha sido confiada la herencia de Cristo para disponer de ella a capricho; en cada palabra que habla, en cada paso que avanza, en cada movimiento que hace, está completamente ligada a Cristo. Pero a pesar de estar atada a Cristo es autónoma ya que obedeciendo a Cristo realiza precisamente su libertad.

El servicio a su Señor Jesucristo impone y justifica los preceptos eclesiásticos y los libra del egoísmo humano y de la petulancia del poder. El mandar y ordenar de la Iglesia son también figuras expresivas de la obediencia; son representación y cumplimiento de la ley de Cristo mismo. Ese su origen en la obediencia a Cristo da a los preceptos de la Iglesia su independencia y decisión. La Iglesia no puede mandar cuando el mando procede del orgullo y placer de mandar, pero no puede dejar de mandar cuando la obediencia a Cristo lo exige. San Pablo indica este hecho no sólo en la *Epístola a los Efesios*, sino siempre que afirma que es mensajero y enviado de Cristo, que predica un mensaje, que le ha sido confiado, que es siervo e incluso prisionero de Cristo (por ejemplo, *Rom. 1, 1*).

La unión de la Iglesia a su Señor, Jesucristo, significa que está ligada a la palabra y obra que Cristo la dejó. Pero Cristo no está inactivo en su gloria, sino que actúa continuamente; obra interiormente por medio del Espíritu Santo en cada miembro de la Iglesia y externamente por medio de la jerarquía eclesiástica: por medio de su predicación, administración de sacramentos y actividad pastoral. En toda ocasión explica a la Iglesia por medio del Espíritu Santo la herencia que la confió y la impulsa a imponerla; pero no la hace revelaciones nuevas. Aunque dentro de la Iglesia los hombres hacen libre y responsablemente lo que se tiene que hacer, es Cristo quien

hace todo lo que ocurre en la Iglesia; El es el sacerdote, el maestro, el pastor; la Iglesia es la mano con la que El administra los sacramentos, la boca con la que predica su evangelio, el cetro que domina. Cristo es quien realiza la eucaristía, administra el bautismo, absuelve los pecados y ordena a los sacerdotes. Subrayemos una vez más que eso no impide la decisión humana: lo único que ocurre es que tal decisión es asumida en la voluntad de Cristo; es abarcada y soportada por el Señor.

bb) Al hacer esta reflexión sobre el concepto de Cristo-cabeza de la Iglesia, nos acercamos a la segunda forma en que Cristo es cabeza de la Iglesia. Antes de empezar la explicación recordemos que el señorío de Cristo no tiene igual; está ordenado a que los dominados por El participen de su gloria. El mando y poder de la Iglesia están también exclusivamente ordenados a ese fin. El imperio se convierte así en servicio. Arranca a los dominados de la satisfacción y complacencia en las formas terrenas de vida y les llama a participar de la vida gloriosa de Cristo resucitado.

Cristo y la Iglesia están inseparablemente unidos. Cabeza y cuerpo se pertenecen; sin cabeza la Iglesia no tendría ningún principio superior o celestial ni tendría ningún fin ultraterreno. Sin cuerpo la Cabeza no tendría campo de acción en la tierra. La idea de Cristo-Cabeza de la Iglesia implica la idea de la recíproca complementariedad. Esta unión entre Cristo y la Iglesia no puede ser interpretada biológica o naturalísticamente: es personal. En la imagen—de la «cabeza»—San Pablo expresa el amor sacrificado, protector y acogedor de Cristo, al que contestan la entrega y ofrecimiento de la Iglesia. La imagen de Cristo-Cabeza de la Iglesia se desarrolla así en la *Epístola a los Efesios* hasta el símbolo de Cristo-esposo de la Iglesia, que es prometida y esposa de Cristo.

Schlier (*Die Kirche nach dem Brief an die Epheser*, en: «Die Zeit der Kirche», 1955, 176) dice: «La Iglesia es objeto no sólo del imperio de Cristo, sino también de su amor. Está sometida a su autoridad como esposa amada por El; la manda como esposo y enamorado. Este amor se aplica a El mismo, a su carne; pero la Iglesia es su mismidad y su carne. Por eso el amor de Cristo a la Iglesia se aplica a El mismo. La Iglesia en cuanto objeto del amor de Cristo es una misma cosa con El, pero justamente por serlo es ella misma; es la parte amada de la celeste Syzygie. Hay que darse cuenta de que el amor de Cristo consiste en haberse entregado por ella, para salvarla y santificarla y de que la protege y cuida. Su amor es, por tanto, la suprema posibilidad del amor, el amor que funda y conserva su salvación

y santidad. Al amor de Cristo debe la Iglesia su existencia y el ser lo que es. Pero el amor de Cristo es el amor de Dios. Por eso la Iglesia es en el «Amado» la amada de Dios.»

Los miembros de la Iglesia participan de la muerte y resurrección de Cristo (*Rom.* 6, 3-14); no vive su yo, sino que vive en ellos y domina el yo de Cristo (*Gal.* 2, 19); existen en Cristo y Cristo existe en ellos, es decir, son dominados por Cristo; por eso se convierten en imágenes de Cristo crucificado y resucitado; llevan en sí los rasgos de la obra y ser de Cristo; confusa e indefinidamente están los rasgos de Cristo impresos en todo el universo, pero en quienes viven en comunidad con Cristo gracias al bautismo y a la fe los rasgos de Cristo se precisan y clarifican. La semejanza de los bautizados a Cristo es indestructible; es el fundamento de la vida cristiana, como veremos al estudiar los sacramentos. Del mismo modo que la mano unida al cuerpo está llena de la corriente de vida que fluye de todo el cuerpo, el hombre que lleva los rasgos de Cristo y demuestra así su pertenencia a El está normalmente lleno de la vida de Cristo; el pecador no tiene esa vida, pero pertenece también a la Iglesia: su pertenencia está condicionada a su semejanza a Cristo.

Más tarde veremos que el Espíritu Santo es el lazo que une a Cristo y a la Iglesia y a la vez es el poder activo, configurador y personal; El es quien imprime continuamente a la Iglesia su semejanza con Cristo y la infunde la gracia de Cristo. San Pablo usa una idea de la medicina antigua al decir que la cabeza es la causa eficiente o principio activo de toda la estructura humana. Las fuerzas de la vida fluyen, según él, desde la cabeza a los miembros. Cristo es, por tanto, la fuente de que fluye la vida divina de la Iglesia. El es la causa de su vida no sólo porque la fundó y creó su vida una vez, sino porque continuamente engendra su vida espiritual en constante acción creadora.

Según Tomás de Aquino en esta acción generadora y vivificadora, la naturaleza humana de Cristo es instrumento del Logos divino unido a ella.

Para mayor claridad vamos a citar lo que dicen los editores de la *Deutsche Thomas Ausgabe* sobre la instrumentalidad de la naturaleza humana de Cristo (tomo 25, 425): «La esencia del instrumento consiste no sólo en ser una causa que está al servicio de otra causa superior o principal, sino ante todo en que su actividad depende totalmente de la actividad de la causa principal. Un cuchillo sólo corta si alguien lo mueve y empuja. ¿Pero cómo se cumple esta efectividad instrumental? Es cierto que el cuchillo, conside-

rado en sí, tiene ciertas propiedades y cierta capacidad: cierto peso, dureza, filo, resistencia, etc. Pero cuando alguien corta algo con él, recibe una potencia completamente nueva, la capacidad de cortar y la recibe durante el tiempo que sea usado como instrumento. Mientras dura su utilización dispone de una fuerza que no le compete fuera de ese tiempo, y que mientras es usado recibe como prestada o infundida por la causa principal. Más aún: recibe no sólo la fuerza sino el ejercicio de esa fuerza; el cuchillo, aun siendo duro y estando afilado, puede tocar una cosa, pero no cortarla. Sólo corta cuando lo lleva la mano de un hombre y mientras lo lleva. En resumen: el instrumento mientras obra es dotado por la causa principal directora de una potencia y de un ejercicio de esa potencia que trasciende su potencia natural, propia y esencial; es elevado íntima y esencialmente. En cierto modo la fuerza de la causa principal fluye a través del instrumento y con ayuda de esa fuerza que fluye puede obrar. Traspasemos ahora estas afirmaciones a la naturaleza humana de Cristo: es el instrumento con que Dios despierta en nosotros la gracia. La naturaleza humana de Cristo lo mismo que cualquier otra naturaleza humana no sería de por sí capaz de ello, pero en la fuerza y virtud de Dios que la llena y la eleva, lo puede. Todo lo que de gracia nace en las almas—sea consuelo, inspiración, gracia especial, gracia santificante—, y todos los efectos de la gracia, es causado en nosotros por Dios con ayuda de la humanidad de Cristo; no sólo los méritos de Cristo, sino cierta eficacia (*efficatia quedam*). Precisamente por esta cooperación se convierte la humanidad de Cristo en centro de todo el orden de la gracia. Sólo «per Christum Dominum nostrum» participamos de la gracia. Más aún: quien recibe una gracia, es tocado por esa «eficacia especial». Siempre que hay gracia o actúa la gracia, obra Cristo, hay un especial contacto con Él; cuanto más importante y duradera sea la gracia tanto más íntima es esa unión mística pero real con Cristo.»

(Ya indicamos que la participación de la naturaleza humana de Cristo en la obra redentora se explica también de otra manera; entonces dijimos las razones en contra: § 154.)

Puede surgir la cuestión de cómo puede la naturaleza de Cristo tocar al hombre, si está lejos de él espacial y temporalmente. Tomás de Aquino contesta que la naturaleza humana de Cristo no necesita tocar al hombre según su esencia, sino sólo mediante la fuerza y virtud de Dios. Si el agente principal (el Hijo de Dios) está unido con la Iglesia, su instrumento (su naturaleza humana) no tiene por qué estar en contacto directo con ella. El contacto es necesario para que ocurra la unión entre el agente principal y el objeto que recibe su eficiencia o virtualidad. Pero como el Hijo de Dios está presente en todas las cosas de la manera más íntima posible, la humanidad de Cristo-instrumento de su Yo divino, no necesita ya establecer contacto directo con los hombres, sino que basta que la fuerza divina comunicada a través del instrumento esté presente en la Iglesia y que la humanidad de Cristo pueda tocar radicalmente a la Iglesia

y atraer hacia sí como un maravilloso imán a los miembros de la Iglesia e incorporarlos a sí (Th. Kaeppli, *Zur Lehre des heiligen Thomas von Aquin vom Corpus Christi mysticum*, 1931, 85). Si alguien dijera que aquí falta uno de los momentos esenciales del instrumento (la producción de la unión entre el agente principal y el objeto pasivo de la actividad) y que, por tanto, el instrumento parece superfluo, porque no cumple su función principal, debería recordar que la naturaleza humana de Cristo no es un instrumento como los que conocemos por experiencia ni lo es del mismo modo.

4. San Pablo expresa también la íntima unión existente entre Cristo y la Iglesia diciendo que la Iglesia es la plenitud de Cristo (*Eph.* 1, 23; 4, 13). Cuerpo de Cristo y plenitud de Cristo son en cierto sentido imágenes paralelas. La denominación «plenitud» puede significar que la Iglesia está llena de Cristo—que Cristo es quien llena y plenifica—o que Cristo llega a plenitud gracias a la Iglesia, es decir, que Cristo es plenificado por la Iglesia. Ambas cosas son acertadas, ya que, por una parte, la Iglesia está llena de la vida y amor de Cristo y, por otra parte, está fundada radical y germinalmente en Cristo, de forma que su fundación es el cumplimiento de lo que está dado en Cristo como prefiguración o al menos como en una semilla. Cristo llena especialmente la Iglesia enviando al Espíritu Santo; la Iglesia está llena de Cristo por estar llena del Espíritu Santo enviado por El.

También se estudia el problema de si la doctrina paulina de la Iglesia en cuanto cuerpo místico puede formularse conceptualmente y de cómo puede formularse. Abarca dos problemas parciales; el uno se refiere a la cuestión sobre la relación de la Iglesia con Cristo y el otro se refiere a la cuestión de la relación de los cristianos entre sí; éste a su vez abarca dos aspectos parciales: el aspecto de la interna unión de la gracia y el aspecto de la unidad estructural externa. Vamos a tratar primero el problema de la unión de la Iglesia con Cristo.

APARTADO 2.º

ELABORACION TEOLOGICA DEL TESTIMONIO ESCRITURISTICO SOBRE LA IGLESIA-CUERPO DE CRISTO

1. Cuando queremos formular conceptualmente la unión entre Cristo y la Iglesia, se nos enfrenta un misterio insondable. De hecho

la Iglesia es llamada cuerpo misterioso o místico de Cristo. El nombre indica que entre Cristo y la Iglesia existe una unión más que moral y que no llega a física. Sobre este tema dice Pío XII en la encíclica sobre el cuerpo místico:

«Porque mientras en un cuerpo natural el principio de unidad traba las partes, de suerte que estas se ven privadas de la subsistencia propia, en el Cuerpo místico, por lo contrario, la fuerza que opera la recíproca unión, aunque íntima, junta entre sí los miembros de tal forma que cada uno disfruta plenamente de su personalidad. Añádase a esto que, si consideramos las diversas relaciones entre el todo y los diversos miembros, en todo cuerpo físico vivo todos los miembros tienen como fin supremo solamente el provecho de todo el conjunto, mientras que todo organismo social de hombres, si se atiende a su fin último, está ordenado, en definitiva, al bien de todos y cada uno de sus miembros, dada su cualidad de personas. Así que—volviendo a nuestro asunto—como el Hijo del Eterno Padre bajó del cielo para la salvación perdurable de todos nosotros, del mismo modo fundó y enriqueció con el Espíritu divino al Cuerpo de la Iglesia para procurar y obtener la felicidad de las almas inmortales, conforme a aquello del Apóstol: «Todo es vuestro y vosotros sois de Cristo; y Cristo es de Dios» (*I Cor.* 3, 23; Pío XI, *Divini Redemptoris*, A. A. S. 1937, 80). Porque la Iglesia, fundada para el bien de los fieles, tiene como destino la gloria de Dios y del que El envió, Jesucristo.

Y si comparamos el Cuerpo místico con el moral, entonces observaremos que la diferencia existente entre ambos es no pequeña, sino de suma importancia y trascendencia. Porque en el cuerpo que llamamos moral el principio de unidad no es sino el fin común y la cooperación común de todos a un mismo fin por medio de la autoridad social; mientras que en el Cuerpo místico, de que tratamos, a esta cooperación se añade otro principio interno que, existiendo de hecho y actuando en toda la contextura y en cada una de sus partes, es de tal excelencia que por sí sólo sobrepuja inmensamente a todos los vínculos de unidad que sirven para la trabazón del cuerpo físico o moral. Es éste, como dijimos arriba, un principio no de orden natural, sino sobrenatural, más aún, absolutamente infinito e increado en sí mismo, a saber, el Espíritu Divino, quien como dice el Angélico, «siendo uno y el mismo numéricamente, llena y une a toda la Iglesia» (*De veritate*, 29, 4, c) [Traduc. citada, núms. 28-29].

Según estas palabras del Papa la unidad existente entre Cristo y

la Iglesia, su cuerpo, no llega a ser, vista metafísicamente, la unidad física que existe en el reino puramente real, aunque tiene algunos de sus caracteres. Cristo y la Iglesia no forman una unidad ontológica; la razón es que tanto Cristo como los miembros del cuerpo de la Iglesia son personas; la personalidad excluye la unidad natural, que supone el gnosticismo en su mito del primer hombre. Un ser divino «hombre» (*anthropos*) cayó al principio en la materia y perdió algunas partes en ella; estas partes se esparcieron por toda la creación: son miembros del hombre primero, aprisionadas en la materia como partículas de luz, almas o fuerzas anímicas; representan a los hombres. El hombre primero y originario aparece, pues, como prisionero de la materia; debe ser liberado de esa atadura y conducido a su patria celestial. Un ser divino de la misma especie que él, es decir, de la misma sustancia celestial que el hombre primero y, por tanto, idéntico a él, baja del cielo para liberar de la materia a las almas prisioneras y al hombre primero. Como las partes desparramadas del primer hombre son de la misma sustancia que él, son miembros del salvador y la salvación ocurre de la manera siguiente: el salvador reúne sus miembros, se une a ellos y sube al cielo como primer-hombre-salvador (salvador y salvado). La salvación es un proceso cósmico que consiste en la liberación de las partículas celestes de luz de su prisión en la materia; en reunirlos y unirlos y en su vuelta con el salvador al mundo celeste. La suma de los salvados se llama cuerpo del salvador, que incluye en sí el universo, es decir, todas las almas.

Tal vez San Pablo aprovechara los conceptos gnósticos como medio de representación de la obra salvadora de Cristo; pero el contenido de su doctrina es completamente distinto del gnosticismo. Prescindiendo de que la imagen de Dios es radicalmente distinta en ambas doctrinas, existe todavía una diferencia y oposición: el carácter personal del salvador y de los salvados; en San Pablo no se identifican, sino que se encuentran. La categoría del encuentro pertenece al ámbito personal. El encuentro que ocurre entre Cristo y la comunidad de los creyentes trasciende todos los encuentros del ámbito puramente humano; es más que una pura comunidad de pensamiento o voluntad y más que una comunidad de amor o de amistad. Todos esos encuentros son profundos y tienen virtudes insospechadas, ya que en ellos el «yo» sale en cierto modo de sí hacia un «tú» que le sale al encuentro y, viceversa, acepta y acoge en sí a ese «tú»; el «yo» es configurado desde el «tú» y éste desde el «yo»; el uno

vive en el otro. Pero esta comunidad no llega a la raíz más profunda de la existencia. Sólo afecta a una parte de ella: la voluntad, el deseo, las vivencias, el pensamiento, la imaginación. La unidad entre Cristo y la Iglesia llega hasta lo más hondo de la mismidad de la Iglesia; alcanza la existencia, el ser.

Podemos aclarar el proceso que ocurre aquí y que en último término es incomprensible, pensando que Cristo infunde la gracia al hombre unido a El de forma que lo transfigura. Esta transformación tiene varios estratos; serán analizados al estudiar la gracia; a ellos pertenecen la semejanza a Cristo, la gracia santificante, las virtudes teologales. Mediante estos dones y fuerzas celestiales infundidos en el hombre que está unido a Cristo, es causada una viva relación entre Cristo y los cristianos; mediante ellos Cristo atrae a sí a los creyentes. Esta fuerza unitiva logra su cima al serle insuflado al creyente el Espíritu Santo y al ser así unido a Cristo mismo con la fuerza omnipotente de Dios. A la eficacia de Cristo que atrae a los hombres hacia sí, corresponden como respuesta por parte de los hombres la fe, la esperanza y la caridad. En la fe y en el amor el hombre se entrega al Señor de forma que ya no volverá a vivir según su voluntad, sino conforme a la voluntad de Cristo. Por lo demás no sería correctamente entendida la unidad existente entre Cristo y los cristianos si se la creyera fundada en los meros actos de fe, esperanza y caridad; en tal caso tendría un carácter extremadamente actualista y personalista; pero de hecho no se constituye sólo en la realización de los actos humanos, sino que éstos tienen la función de realizar y renovar continuamente la comunidad con Cristo que consiste incluso sin actos, aunque no puede ser creada ni subsistir sin actos humanos. Para caracterizar el carácter de estado y personal de esta unidad se puede hablar de unidad ontológico-personal; en terminología aristotélica habría que llamarla unidad físico-accidental. Esta fórmula expresa que entre Cristo y la Iglesia hay un contacto inmediato, pero que Cristo y la Iglesia no se mezclan en unidad sustancial. La desventaja de la formulación aristotélica está en que no alude a lo personal y en que, por tanto, no se ve que la Iglesia viva esencialmente en la fe en Cristo y en el amor a El.

Los Santos Padres opinan frecuentemente que la unidad entre Cristo y la Iglesia se aproxima a la unidad existente entre el Logos y su naturaleza humana, aunque tampoco pueden explicar conceptualmente esta relación. La naturaleza humana de Cristo existe sólo en el poder existencial del Logos; es soportada y abarcada por la

fuerza de su existencia. Aunque la unidad entre Cristo y su Iglesia no logra la intimidad de la unión hipostática, es semejante a ella. El hecho de que San Pablo exprese la copertenencia de Cristo y la Iglesia diciendo que la Iglesia es el cuerpo de Cristo, no debe ocultarnos una cosa: que la unidad entre Cristo y la Iglesia trasciende la unidad entre los miembros de un cuerpo y su cabeza; porque Cristo atrae a los hombres con una energía superior a todas las fuerzas terrenas.

Tal vez la palabra «místico» que expresa el carácter misterioso y la intensidad de su unidad, pudiera traducirse por *sacramental-real*. Por lo demás se puede decir que no podemos pasar de hacer comparaciones y ensayos al tratar de definir el modo de unión entre Cristo y la Iglesia. La realidad de Dios supera todos los esquemas de pensamiento que están a nuestra disposición. La unidad existente entre Cristo y la Iglesia es más capaz de ser aclarada y simbolizada en imágenes y metáforas, que de ser explicada por los conceptos que nuestro pensamiento abstrae de la experiencia. El hecho de que al describir esa unidad nos mantengamos en el terreno de los símbolos y metáforas está legitimado por la Escritura misma. No podemos hablar de las cosas divinas más perfectamente que el Espíritu Santo lo hizo por medio de San Pablo. Si intentamos explicar en conceptos las imágenes y símbolos, nos vemos obligados a ello porque no tenemos ningún acceso directo a la interpretación segura de los símbolos. Los conceptos sirven para hacernos comprensible lo mentado en las imágenes; están al servicio de las metáforas y símbolos usados por la Escritura. Sería ilegítimo que forzaran los símbolos; las imágenes usadas en la Escritura no pueden ser traducidas perfectamente a conceptos.

Logramos una idea de la intimidad de la unión entre Cristo y la Iglesia en las palabras de Cristo: «Padre, estás en mí y yo en ti, para que también ellos sean en nosotros» (Jó. 17, 21). En este texto tal unidad es comparada a la que existe entre Cristo y el Padre, que está fundada en la unicidad de sustancias y relaciones de las personas entre sí. A la unicidad de sustancia corresponde en el plano Cristo-Iglesia la unicidad de sustancia de Cristo y del Espíritu Santo, enviado por El. La Iglesia está traspasada de las mismas fuerzas de vida que llenan a Cristo; está incorporada a la fuerza vital de Cristo. A la ordenación personal de una persona a otra en virtud de la cual cada una de ellas sólo es «yo» en relación al «tú», corresponde la ordenación de la Iglesia a Cristo y de Cristo a la Igle-

sia. A Cristo compete la significación superior y determinante. La Iglesia es una realidad relacional: sólo existe en Cristo y por Cristo, desde El y para El; nada hay en ella que no participe de este carácter relacional. Por eso lleva los rasgos de Cristo todo lo que ocurre en la Iglesia: la oración, predicación, culto y administración de sacramentos; aparece con máxima evidencia en la eucaristía; en ella representa la Iglesia de la manera más amplia y profunda posible su relación con Cristo, su unión con el Hijo de Dios hecho hombre (cfr. *Tratado de la Eucaristía*). También los miembros de la Iglesia llevan los rasgos de Cristo. El cristiano se da cuenta de ese su carácter cristiano, de esos rasgos de Cristo en la fe, y los ve también en cada bautizado; el encuentro con un bautizado se convierte así en un encuentro con Cristo. El amor a Cristo se exterioriza necesariamente en el amor al cuerpo de Cristo y a sus miembros. Y viceversa: el odio a Cristo se exterioriza en el odio a su cuerpo. De la misma manera que el odio a Cristo de los fariseos y saduceos logró su expresión más brutal en la aniquilación de la Iglesia, que es su cuerpo (*Act. 2; 9, 1*).

A pesar de la íntima unión que hay entre Cristo y la Iglesia, ésta tiene ser propio; el «yo» del hombre individual no perece al unirse a Cristo, ni tampoco el ser propio de la Iglesia, aunque sea configurado totalmente desde Cristo. Quien olvidara que Cristo es fuente de vida que mana incesantemente para la Iglesia, quien separara excesivamente a Cristo y a la Iglesia, cometería respecto a la Iglesia el mismo error que cometieron los nestorianos respecto a Cristo. Y quien se dejara cegar por la intimidad de la unión entre Cristo y la Iglesia, hasta negar a la Iglesia su ser propio, caería respecto a la Iglesia en el mismo error en que cayeron los monofisitas respecto a Cristo. Cfr. § 145.

La unidad entre Cristo y la Iglesia es tan fuerte que San Pablo llega a equiparar la Iglesia a Cristo mismo. También en la *Epístola a los Gálatas* (3, 28) atestigua San Pablo la viva e íntima comunidad entre Cristo y los cristianos: éstos son uno solo «en Cristo Jesús»; sólo pueden ser «uno» entre sí, si son «uno» con Cristo (cfr. § 182). Desde estas afirmaciones no hay más que un paso a la doctrina de San Agustín de que Cristo y los cristianos son una sola persona. Cristo es el yo de la Iglesia. Como la Iglesia es la realización y plenitud de Cristo, el «Cristo total» es el Cristo ampliado en la Iglesia. Tomás de Aquino habla también de una sola persona pero pone un dique al peligro de pancristismo, al decir que Cristo y la Iglesia

son «en cierto modo» una sola persona. Si Cristo y la Iglesia son una sola persona, si Cristo es el yo de la Iglesia, toda la obra de la Iglesia es realizada por Cristo; la predicación y administración de sacramentos, la legislación y celebración del sacrificio son obras de Cristo. Incluso los esfuerzos ético-religiosos—la fe, esperanza y caridad—son obrados por Cristo. Todo lo que hace el cristiano lo hace en Cristo y por Cristo, es realización de su unidad con Cristo que tiende a expresarse en el ser y actividad del yo incorporado a El. Scheeben describe así la fundamentación en Cristo de todas las actividades y facultades de la Iglesia (*Dogmatik* III, 145, núm. 882): «Cristo es fundamento y fuente de la vida espiritual de sus miembros, del conocimiento y amor sobrenaturales, de modo semejante a como la cabeza por medio de los nervios que parten de ella es principio de las sensaciones animales y de los movimientos. Toda la humanidad de Cristo—su cuerpo y alma—obra sobre todo el ser del hombre—sobre su alma y sobre su cuerpo—, ya que la vida de la gracia—y después la gloria del alma—fluye hasta el cuerpo.»

En vista de la unidad viva existente entre Cristo y la Iglesia, en razón de la cual Cristo es el fundamento de la vida, de la existencia y de la actividad de la Iglesia, es comprensible que Orígenes llame al Logos alma de la Iglesia (*Contra Celso*, lib. 6, cap. 481): «La Sagrada Escritura enseña que el cuerpo de Cristo, animado por el Hijo de Dios, es la Iglesia: miembros de este cuerpo, que debe ser considerado como una totalidad, son los creyentes. De la misma manera que el alma da vida y movimiento al cuerpo, que no es capaz de vivir y moverse por sí mismo, el Logos, al impulsar eficazmente al cumplimiento del deber, mueve todo el cuerpo de la Iglesia y a todos los miembros que pertenecen a ella y que sin el Logos nada podrían hacer.» Cfr. A. Lieske, *Die Theologie der Logosmystik bei Origenes*, 1938; Urs von Balthasar, *Le mystèrien d'Origène*, en: «Recherches de science religieuse» 26 (1936), 513-562; 27 (1937), 38-64. Si Orígenes llamara alma de la Iglesia al Logos no encarnado, infraestimaría la naturaleza humana de Cristo, sin la que el Señor no actúa en la Iglesia; pero del conjunto de su doctrina resulta que llama alma de la Iglesia al Logos encarnado.

La caracterización de Cristo como alma de la Iglesia no se impuso. Ya veremos como desde San Agustín se atribuye la propiedad de ser alma de la Iglesia al Espíritu Santo. Pero en el Espíritu Santo está presente y actuando en la Iglesia Cristo mismo. San Juan

Crisóstomo dice (*Explicación de la Epístola a los Romanos, Sermón 13, 8*): «Quien posee el Espíritu, no sólo es llamado según Cristo, sino que tiene al mismo Cristo. Pues no es posible que quien tiene el Espíritu no tenga también a Cristo.» La comunidad con el Hijo de Dios es comunidad con el Espíritu Santo (*I Cor. 1, 9; II Cor. 3, 13*). Hablaremos más detenidamente sobre estas relaciones al estudiar la función del Espíritu Santo en la Iglesia.

b) El segundo aspecto de este problema debe ser tratado al estudiar la unidad de la Iglesia. Aquí hay que decir que la doctrina paulina sobre la Iglesia en cuanto cuerpo de Cristo afirma tanto la unión de gracia de los creyentes entre sí como la unidad estructural visible. Sería una contradicción ver sólo la comunidad invisible en el Espíritu Santo al interpretar el símbolo del cuerpo de Cristo. Según San Pablo toda la comunidad de Corinto y toda la comunidad de Roma—incluso las visibles—son el cuerpo de Cristo. Las comunidades locales representan la Iglesia total. Según San Pablo no existe una Iglesia visible y otra invisible, sino que es una sola Iglesia visible-invisible la que es el cuerpo de Cristo.

De nuestras reflexiones resulta la convicción de que la unión de la Iglesia con Cristo y la eficacia o celeste *dynamis* de Cristo ni destruyen ni debilitan la libertad y responsabilidad del hombre. Cristo se realiza en las obras de los hombres pero de manera que los hombres obran. Es Cristo quien obra en la acción humana, es el obrar humano en el que El obra; la acción humana es soportada por Cristo. Si se entiende por libertad humana no sólo un proceso psicológico vacío, sino la realización responsable del bien y de lo verdadero, el hombre es movido a obrar libremente en el pleno sentido de la palabra precisamente por el impulso que parte de Cristo (M. Schmaus, *Kirche und Freiheit*, en: *MThZ* 7 (1957), 81 y sigs.).

La responsabilidad del hombre consiste en que recibe y acoge en sí el movimiento que parte de Cristo y se entrega a la acción de Cristo. San Pablo funda innumerables veces, por no decir siempre, sus advertencias morales, en la unión de sus oyentes o lectores con Cristo o con el Espíritu. El seguimiento, a que Cristo llama, es obediencia a Cristo que actúa en la Iglesia y, por tanto, en el individuo. La comunidad con Cristo no significa disminución, sino aumento de la responsabilidad y actividad humanas. Quien se sabe unido a Cristo, tiene conciencia de estar más obligado que quien se siente sólo ligado a una ley impersonal. La moralidad cristiana es, pues,

obediencia a Cristo que obra en nosotros, amor a El y no sólo cumplimiento de una ley. Es cumplimiento de la ley en cuanto que Cristo habla en la ley a los que están unidos a El. La actitud radical de los cristianos es, pues, personalista (cfr. vol. I, § 3; Th. Steinbuechel, *Die personalistische Grundhaltung des christlichen Ethos*, en: «Theologie und Glaube» 31 (1939), 256-273). Y del mismo modo la ética cristiana es primariamente respuesta a la cuestión de cómo se expresa en el deber y querer la unión de la Iglesia con Cristo y no descripción de lo que hay que hacer para conseguir un fin; parte, pues, de la existencia cristiana y no del fin (Fr. Tillmann, *Katholische Sittenlehre*).

Como Cristo y la Iglesia son en cierto modo una persona, pueden decirse de la Iglesia cosas que tomadas al pie de la letra sólo pueden decirse de Cristo, y de Cristo, cosas que en sentido estricto sólo podrían decirse de la Iglesia. Dice San Agustín de la primera regla del lenguaje del hereje donatista Ticonio (*Sobre la Iglesia cristiana*, lib. 3, cap. 31): «La primera regla trata del Señor y de su cuerpo. En ella se nos intima—a nosotros que reconocemos que la cabeza y el cuerpo, Cristo y la Iglesia, son una sola persona—a pasar del cuerpo a la cabeza y de la cabeza al cuerpo sin abandonar una y la misma persona.» Así puede decirse que Cristo es perseguido cuando la Iglesia es perseguida (*Act. 9, 5*), que Cristo es amado cuando son amados los miembros de su cuerpo, que se niega a Cristo cuando no se quiere ayudar a los miembros del cuerpo de Cristo (*Mt. 25, 35-45*).»

Nuestras reflexiones indican el límite de la afirmación, común en la teología moderna, de que la Iglesia es la encarnación continuada de Cristo. En sentido estricto no puede afirmarse esa tesis; la encarnación fué un acontecimiento único y se realiza y plenifica en la Iglesia, pero no se repite continuamente en ella. Tampoco se puede hablar de un pervivir de Cristo en la Iglesia más que en el sentido concreto, de que Cristo, Señor que está sentado a la diestra del Padre, obra en la Iglesia mediante el Espíritu Santo.

APARTADO 3.º

DOCTRINA DE LOS SANTOS PADRES

Los Santos Padres—y sobre todo San Agustín—recogen, estructuran y en parte transforman la doctrina paulina sobre el cuerpo de Cristo.

Vamos a citar algunos textos:

Ignacio de Antioquía, poseído de la fe en la Iglesia y en su gobierno jerárquico, dice a los fieles de Esmirna (cap. 1): «Ensalzo a Dios Jesucristo que os ha hecho tan sabios; ya he visto que sois perfectos en la fe inmovible y que estáis como cosidos en cuerpo y alma a la cruz de Jesucristo según el espíritu y la carne (=según vuestra existencia natural y sobrenatural), arraigados en el amor (agape) por la sangre de Cristo, creyendo con toda seguridad en nuestro Señor, que es verdaderamente hijo de David según la carne e Hijo de Dios según la voluntad y poder de Dios, nacido verdaderamente de una virgen, bautizado por Juan, para que se cumpliera toda justicia; que verdaderamente fué clavado según la carne bajo el poder de Poncio Pilatos y del tetrarca Herodes. Nosotros descendemos como fruto de sus bienaventurados dolores, para que levantara en su resurrección la eterna bandera de sus santos y creyentes, entre los judíos y gentiles, en el único cuerpo de su Iglesia.» La Iglesia aparece aquí como fruto de la encarnación, de la pasión y de la resurrección. San Ireneo dice en su escrito contra las herejías (lib. 3, cap. 16, 6): «Existe, pues, un solo Dios Padre... y un Cristo Jesús, Señor nuestro, que atraviesa todo el orden de la salvación y lo recapitula todo en sí. Pero a este «todo» pertenece también el hombre, criatura de Dios; por tanto, también recapitula a los hombres al hacerse visible El, que era invisible al hacerse comprensible El, el Incomprensible, al hacerse pasible siendo impasible, al hacerse carne quien era el Logos. Así recapitula todo en sí dominando las cosas visibles y naturales El, que imperaba sobre las cosas espirituales y supracelestes, aceptando el imperio y constituyéndose en cabeza de la Iglesia para atraer todo a sí en el tiempo predeterminado.» San Clemente de Roma escribe a los Corintios (46, 5): «¿Por qué hay entre vosotros lucha, ira, riñas, disensiones y guerra? ¿Quizá porque tenemos un solo Dios, un solo Cristo, un solo Espíritu de gracia, que ha sido derramado sobre nosotros y una sola vocación en Cristo? ¿Por qué nos dividimos y desgarramos los miembros de Cristo y por qué estamos desunidos contra el único cuerpo y por qué somos tan locos que olvidamos que somos miembros unos de otros? Según Orígenes, desde Cristo, que es un cuerpo con la Iglesia, fluye la vida divina a los miembros, de forma que los miembros son también Cristo (*Contra Celso* VI, 79). San Gregorio de Nisa dice en la explicación del *Cantar de los Cantares* (13) (Cfr. H. U. von Balthasar, *Gregor von Nyssa. Der versiegelte Quell*, 1939, 146): «El (Dios) que vistió la figura de hombre y bajo aspecto de siervo trató con los hombres... que alimenta a su cuerpo la Iglesia y configura a los miembros del cuerpo común, nacidos por la fe, dé a todo noble apariencia; dignos y apropiados son los creyentes para ojo y boca, mano y demás miembros... Por tanto, quien mira a la Iglesia ve sin más a Cristo que construye y crece aceptando a los que se van a salvar.» «La Iglesia es, pues, el cuerpo de Cristo y Cristo es la cabeza de la Iglesia que configura a la Iglesia según sus propios rasgos...» (Ibid.). De todos los Padres griegos es San Cirilo de Alejandría quien desarrolla más amplia y profundamente la doctrina de la Iglesia en cuanto cuerpo de Cristo. Cfr. E. Weigl, *Die Heilslehre des hl. Cyrill von Alexandrie*, 1905.

En la Iglesia occidental quien con más vida y frecuencia predica a la Iglesia como cuerpo de Cristo es San Agustín; esta idea está en el centro de su pensamiento sobre todo en la *Explicación de los Salmos*. En la *Explica-*

ción al salmo 3, 9 dice: «Este salmo puede también ser entendido de la persona de Cristo de otro modo, a saber, si El (Cristo) habla como totalidad. Como totalidad, digo, con el Cuerpo cuya Cabeza es. Hablan, pues, a la vez la Iglesia y su Cabeza en medio de las tormentas de persecución desatadas en toda la tierra—sabemos cómo se ha cumplido esto ya—: Señor, ¡cuántos son los que se alzan contra mí... Pero tú, Señor, eres escudo en torno mío y me proteges. En Jesús, naturalmente, pues en aquel hombre fué también asumida la Iglesia por el Verbo que se hizo carne y habitó entre nosotros... Con derecho, pues, dice también la Iglesia: tú eres escudo en torno mío, mi gloria. Pues no se atribuye a sí misma el ser ensalzada, porque sabe, por gracia y misericordia de quien es ensalzada. Quien te ensalza a ti, mi Cabeza, a Aquel que subió al cielo como Primogénito de entre los muertos... Levántate, Señor, sálvame, Dios mío! Así puede hablar el Cuerpo a su propia Cabeza.» Cfr. también la *Explicación al salmo 15, 5; 21, 4; 37, 6*. En la *Explicación al salmo 17, 2*, dice: «Aquí hablan Cristo y la Iglesia, es decir, el Cristo total, cabeza y cuerpo: quiero amarte, Dios mío, mi fortaleza.» En el comentario al salmo 127, 3, dice: «Hay muchos hombres y, sin embargo, un solo hombre, muchos cristianos y un solo Cristo. Los cristianos mismos con su cabeza, que subió al cielo, son un solo Cristo. No es Aquel uno y nosotros muchos, somos uno en El. Un solo hombre, pues, Cristo, cabeza y cuerpo.» En la *Explicación del salmo 26* (sección 2, 2) dice: «El nos salvó con su sangre y nos incorporó a El y así nos hizo miembros suyos, para que también nosotros fuéramos Cristo en El. Todos nosotros estamos en El porque en cierto modo el Cristo total es cabeza y cuerpo.» En la *Explicación del salmo 60, 3*, dice: «Nuestra vida en esta peregrinación no puede estar sin tentaciones; porque nuestro adelanto no puede ocurrir más que por nuestras tentaciones, ni nadie se conoce a sí mismo si no en la tentación, ni puede ser coronado si no ha vencido, ni puede vencer si no ha sido atacado... A nosotros, es decir, a su Cuerpo, nos quiso El prefigurar ya en su propio cuerpo, en el cuerpo con que murió y resucitó y subió a los cielos, para que los miembros confiaran seguir adonde la Cabeza nos precedió. Nos prefiguró en Sí, por tanto, cuando fué tentado por Satanás... En Cristo fuiste tentado tú, porque Dios asumió carne tuya, oprobio tuyo, honor tuyo y, por tanto, tentación tuya, victoria tuya. Si fuimos tentados en El, en El vencimos al demonio... Acordémonos del Evangelio: sobre esta piedra quiero edificar mi Iglesia... (Mt. 16, 18). ¿Pero quién se hizo piedra? Oye a San Pablo: pero la roca era Cristo (1 Cor. 10, 4). En El, por tanto, estamos edificados. Por eso la roca en que estamos edificados fué antes atacada por el viento, la lluvia y las corrientes, cuando Cristo fué tentado por el demonio. Mira sobre qué solidez quiso fundarte.»

Cfr. también *Ps.* 142, 3; 26, 2, 11; 18, 2, 10; 37, 6; 74, 4; 30; *Sermón* 1, 3. En la homilía 21 sobre el *Evangelio* de San Juan, 8, dice:

«Dejad, pues, que nos felicitemos y demos gracias, porque no sólo nos hemos hecho cristianos, sino Cristo. ¿Entendéis, hermanos; os dais cuenta de la gracia de Dios en nosotros? Admiraos, alegraos, nos hemos hecho Cristo. Pues si El es la Cabeza y nosotros los miembros, el hombre total

es El y nosotros. Lo dice el apóstol Pablo: para que no fuéramos ya niños llevados de aquí para allá por el viento de las doctrinas. Pero antes había dicho: hasta que todos nosotros lleguemos a la unidad de la fe y al conocimiento del Hijo de Dios, al varón perfecto, a la edad de la plenitud de Cristo. La plenitud de Cristo son, pues, la Cabeza y los miembros. ¿Qué significa «Cabeza y miembros»? Cristo y la Iglesia. Pues nos lo atribuiríamos soberbiamente, si no se hubiera dignado atribuirnoslo Aquel que por San Pablo dice: pero vosotros sois el Cuerpo y los miembros de Cristo. Por tanto, cuando el Padre muestra algo a los miembros de Cristo, lo muestra a Cristo. Ocorre un milagro enorme pero verdadero; se muestra a Cristo, lo que Cristo sabía, y se muestra a Cristo por Cristo. Es algo maravilloso y grande, pero la Escritura así lo dice. ¿Qué significa lo que he dicho: es mostrado a Cristo por Cristo? Es mostrado a los miembros por la Cabeza. Mira, medita esto: imagina que quisieras levantar algo con los ojos cerrados; la mano no sabe adónde tiene que ir y sin duda la mano es un miembro tuyo, pues no está separada de ti; abre los ojos; ahora la mano sabe adónde tiene que ir: el miembro sigue a la cabeza que indica. La cabeza indica para que los miembros vean; la cabeza enseña para que aprendan los miembros; sin embargo, cabeza y miembros son un solo hombre. El no quiso separarse de nosotros, sino que se unió a nosotros. Estaba lejos de nosotros, muy lejos; ¿qué hay más alejado que el hombre y Dios? ¿Qué tan distanciado como la injusticia y la justicia como la mortalidad y la eternidad? Mira cuán lejos estaba el Verbo al principio, Dios en Dios, por quien todo fué hecho. ¿Y cómo se ha acercado, hasta llegar a ser lo que nosotros somos y nosotros en El? El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.»

En su obra *De peccatorum meritis et remissione* (lib. 1, cap. 31), dice:

«Si la esencia divina, a pesar de la distancia, pudo asumir la sustancia humana por amor nuestro, de manera que era una sola persona y el Hijo del hombre que estaba en la tierra era el mismo en el cielo debido a la participación de la carne en la divinidad, cuánto más digno de creer es que los demás hombres santos y creyentes en El se hagan un Cristo con el hombre Cristo, de forma que, ascendiendo ellos por su gracia y comunidad, El, el Cristo uno, que bajó del cielo suba al cielo! Y así dice también el Apóstol: del mismo modo que nosotros tenemos muchos miembros en un solo cuerpo, pero todos son miembros del cuerpo, porque son muchos, pero un solo cuerpo: así también Cristo. No dijo: así también de Cristo, es decir, cuerpo de Cristo o miembros de Cristo, sino: así también Cristo, llamando Cristo a la Cabeza y al Cuerpo.»

En *De praedestinatione sanctorum* (15, 31), dice:

«En nuestra Cabeza se nos aparece la fuente misma de la gracia, desde donde fluye por todos sus miembros según la medida de cada uno. Por la gracia el hombre—sea quien sea—se hace de Cristo desde el principio de su

fe; por la gracia por la que aquel hombre fué Cristo desde el principio: renacido por el mismo Espíritu, por el que El nació; en el mismo Espíritu ocurre en nosotros el perdón de los pecados, en que ocurrió que El no tuviera pecado alguno... Del mismo modo, pues, que El solo fué predestinado a ser nuestra Cabeza, todos nosotros fuimos predestinados a ser sus miembros... Nos hace creer en Cristo; quien nos hizo Cristo en quien creemos; hizo en los hombres el fundamento de la fe y la plenitud en Jesús, el mismo que hizo al hombre fundador de la fe y cumplidor, el mismo que le hizo Jesús.»

El *Sermón* 144, 5, dice:

«Vuestra fe, amadísimos, sabe bien, y nosotros sabemos, que lo habéis aprendido bajo la enseñanza del celestial Maestro en quien ponéis vuestra confianza: que nuestro Señor Jesucristo, que ya padeció y resucitó por nosotros, es la Cabeza de la Iglesia, y que la Iglesia es su Cuerpo y que en su Cuerpo la unidad de los miembros y la obra vinculadora del amor representan la salud. Quien se enfría en el amor, está enfermo en el Cuerpo de Cristo. Y aquel a quien ya ha ensalzado nuestra Cabeza es poderoso incluso para curar a los miembros enfermos: si no se han desgarrado por un ateísmo excesivo, sino que están en relación con el Cuerpo hasta que ocurre la curación. Pues no hay que desesperar de la curación de lo que está todavía en relación con el Cuerpo: pero lo que ha sido separado y cortado no puede ni ser sanado ni recuperado. Y como Aquél es Cabeza de la Iglesia y la Iglesia su Cuerpo, el Cristo total es la Cabeza y Cuerpo juntamente. Aquella ya ha resucitado. Tenemos, pues, nuestra Cabeza en el cielo. Nuestra Cabeza intercede por nosotros. Nuestra impecable e inmortal Cabeza ruega a Dios por nuestros pecados: para que también nosotros, resucitando al fin y llevados a la gloria celestial, sigamos a nuestra Cabeza. Pues donde está la Cabeza deben estar también los demás miembros. Pero nosotros somos miembros ya mientras estamos aquí; no nos desanimemos: pronto seguiremos a la Cabeza. Pues, hermanos, ved el amor de nuestra Cabeza. Está ya en el cielo y está sufriendo aquí abajo, mientras sufre aquí abajo la Iglesia. Aquí abajo pasa hambre Cristo, pasa sed, está desnudo, es extraño, está enfermo, está en la cárcel. Pues todo lo que sufre su cuerpo aquí abajo, dice que lo sufre también El... «Yo estaba hambriento y me disteis de comer,..., pues todo lo que hacéis a uno de mis pequeños, a mí me lo hacéis» (Mt. 25, 42, 45). Y así también en nuestro cuerpo la cabeza está arriba, mientras que los pies están en tierra; sin embargo, cuando en una multitud alguien te pisa el pie, ¿no dice la cabeza: me has pisado? Y así clama también Cristo, con quien nadie tropieza: «Tenía hambre y me disteis de comer.»

El *Sermón* 19, 1-4, dice:

«¿Hay hombres que tengan fe y no amor? Hay muchos que creen y no aman... «Dices que hay un Dios. Tu fe es cierta, pero también los demonios tiemblan y creen» (Sant. 2, 19). Por tanto, si sólo crees y no amas, eso

tienes en común con los demonios. Pedro dijo: «Tú eres el Hijo de Dios», y le fué contestado: «Bienaventurado tú, Simón Bar Jona, pues no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre celestial» (Mt. 16, 16-17). Encontramos que también los demonios dicen: «¿Qué tenemos que ver contigo, Hijo de Dios?» El Apóstol confiesa al Hijo y al Hijo confiesan también los demonios: la profesión parece igual, el amor es desigual. Los apóstoles creen y aman, los demonios creen y temen; el amor espera recompensa, el temor castigo. Nadie se ufane, pues, por cualquier don de la Iglesia, en caso de que destaque dentro de la Iglesia por algún don que le haya sido confiado; tenga más bien en cuenta si tiene amor. Pues también Pablo enumera muchos de Dios en los miembros de Cristo, que son la Iglesia, y dice que a todos los miembros son confiados dones especiales y que es imposible poseer todos los mismos dones. Pero nadie quedará sin dones: «apóstoles, profetas, doctores, luego el poder de milagros, las virtudes; después las gracias de curación, de asistencia, de gobierno, los géneros de lenguas» (1 Cor. 12, 28). Así se dijo y vemos un don en éste y otro en aquél. Que nadie se ofenda, pues, de que a él no se le haya dado lo que a otro fué dado. Tenga amor, no envidia al poseedor, y tendrá junto con él lo que él mismo no tiene. Pues lo que tiene mi hermano, si no lo envidio, sino que le amo, yo lo tengo. En mí no tengo nada, pero lo poseo en él: no sería mío si no estuviéramos en el mismo Cuerpo y bajo la misma Cabeza.

La mano izquierda, por ejemplo, lleva un anillo y la derecha no; ¿se queda ésta sin adorno por eso? Considera las manos por separado: ves que lo que tiene la una no lo tiene la otra. Considera el conjunto del cuerpo que comprende ambas manos, y ve cómo lo que una mano no tiene lo tiene la otra. Los ojos ven adónde van y los pies van hacia donde los ojos han previsto; pero los ojos no pueden andar, ni los pies ver. Pero el pie te dirá: también yo tengo luz, pero no en mí, sino en el ojo; pues el ojo no ve para él solo y para mí no. Y los ojos contestarán: nosotros andamos también, no por nosotros, sino mediante los pies; pues los pies no se llevan a sí mismos solos y no a nosotros. Cada uno de los miembros cumple, pues, en particular, divididos los oficios, lo que el alma manda; y sin embargo, radican en un solo cuerpo y se mantienen en unidad; no se apoderan de lo que los otros miembros tienen, aunque ellos mismos no tengan aquellos miembros, ni tienen por ajeno lo que poseen en común en el mismo cuerpo. Y, finalmente, hermanos: si un miembro choca con algo bajo, ¿qué miembro le negará su ayuda? ¿Qué parece en el cuerpo humano más en último lugar que el pie? Y en el pie mismo ¿qué más alejado que la planta? Y sin embargo eso más alejado está en tan estrecha relación con toda la estructura del cuerpo que, cuando se clava una espina, todos los miembros colaboran para sacar la espina: las rodillas se doblan, se curva la espalda..., uno se sienta para sacar la espina; y el hecho de sentarse es cosa de todo el cuerpo. ¡Cuán pequeña es la parte lastimada! Tan pequeña es la parte en que pudo clavarse una espina y, sin embargo, el apuro de un lugar tan pequeño y menudo no es descuidado por todo el cuerpo: los demás miembros no sufren y en aquel lugar sufren todos. El Apóstol nos ha dado en esto una parábola de amor, animándonos a que nos amemos entre nosotros, como los miembros en el cuerpo: «Si padece un miembro, todos los miembros padecen con él, y si un miembro es honrado, todos los otros a una

se gozan. Pues vosotros sois el Cuerpo de Cristo y sus miembros» (1 Cor. 12, 26-27). Si se aman los miembros que tienen su cabeza en la tierra, ¿cómo tendrán que amarse los miembros que tienen su Cabeza en el cielo? Claro que no se amarían si fueran abandonados por su Cabeza; pero como esta Cabeza es Cabeza y está ensalzada y está a la derecha de Dios Padre, de forma que sigue trabajando en la tierra, no en sí sino en sus miembros, de modo que al final dice: «tuve hambre, tuve sed; fui extraño», y ellos contestan: «¿cuándo te vimos hambriento o sediento?», y El responde también: Yo, la Cabeza, estaba en el cielo, pero en la tierra estaban sedientos los miembros—dice al final: «lo que no hicisteis a uno de mis pequeños a Mí me lo negásteis» (Mt. 25, 35-45). A esta Cabeza estamos unidos únicamente por el amor.

Y así, hermanos, vemos a cada miembro en su oficio cumplir su propia tarea: que el ojo ve, pero no hace; que la mano, en cambio, hace pero no ve; el oído oye pero ni ve ni hace; la lengua habla, pero ni oye ni ve; y aunque todos ellos son distintos y están separados por sus oficios, tienen, unidos por la única estructura del cuerpo, algo común a todos. Los oficios son diversos, el bienestar uno solo. El amor es en los miembros de Cristo lo que la salud y bienestar en los miembros del cuerpo. En mejor lugar está el ojo: está puesto arriba como en una almena de vigilancia, para desde allí ver, contemplar, mostrar; gran honor hay en los ojos, por lo fogoso del sentido, por la movilidad, por cierto poder que los otros miembros no tienen. Por eso los hombres suelen jurar por sus ojos más que por ningún otro miembro. Nadie dice a otro: te quiero como a mis oídos; y sin embargo el sentido del oído no está lejos del ojo, es el más cercano a él. Diariamente dicen los hombres: te amo como a mis ojos. Y también el Apóstol alude a que el amor a los ojos es mayor que el amor a los demás miembros: cuando se siente abandonado por el amor de la Iglesia de Dios dice: «pues yo mismo testifico que, de haber sido posible, los ojos mismos me hubiera arrancado para dároslos» (Gal. 4, 15). Nada hay, pues, en el cuerpo más sublime y honrado que los ojos, y tal vez nada más pequeño que el dedo pequeño del pie. Pero está más en orden el dedo sano que el ojo enfermizo y legñoso, pues la salud, que es común a todos los miembros, es más valiosa que los oficios de cada uno. Y así ves en la Iglesia a uno que tiene un oficio pequeño y amor para él, y a otro tal vez con un oficio más importante pero que no tiene amor. Sea aquél el dedo pequeño del pie y éste el ojo. Pertenece más a la estructura del cuerpo el que ha conservado la salud. Finalmente es una carga para el Cuerpo, quien siempre está enfermizo; y todos los miembros se esfuerzan por curar al enfermo, y la mayoría de las veces cura. Pero si no es curado y se pudre de modo que no puede curar, los demás miembros tienen que aconsejar que sea cortado y separado del conjunto del cuerpo.»

El Sermón 3 dice:

«El oficio de la palabra y el cuidado en que nosotros padecemos dolores de parto por vosotros, hasta que Cristo haya sido formado en vosotros, nos impulsa a advertir a vuestra niñez, a vosotros que, renacidos del agua y del Espíritu, veis a nueva luz este manjar, esta bebida sobre la mesa del

Señor y que los recibís con inocente devoción, sobre lo que significa este tan grande y divino sacramento, este tan celebrado y noble medicamento, un sacrificio tan puro y suave que hoy es inmolado, no ya en una ciudad terrena de Jerusalén o en el tabernáculo erigido por Moisés, ni en el templo construido por Salomón, sombras todas del futuro, sino inmolado según las profecías «desde la aurora al atardecer» y ofrecido según la gracia de la Nueva Alianza como sacrificio de alabanza a Dios. Ya no se elige entre los rebaños de animales un sacrificio cruento; ninguna oveja o cabrito son arrastrados ya hasta el altar de Dios: el sacrificio de nuestro tiempo es la carne y sangre del sacerdote mismo. Pues sólo de El se profetizó en los Salmos: «Tú eres sacerdote eternamente según el orden de Melquisedec.» Y leemos en el libro del *Génesis* que Melquisedec, sacerdote del Señor, llevó pan y vino cuando fué a bendecir a nuestro padre Abraham.

Cristo, pues, nuestro Señor, que sacrificó en la Pasión por nosotros lo que había recibido de nosotros al nacer, constituido eternamente como Sumo Sacerdote, fijó el orden de sacrificio que veis: el de su cuerpo y sangre. Pues su cuerpo traspasado por la lanza manó la sangre y agua, que perdonan nuestros pecados. Acordándoos de esta gracia, luchando por vuestra salvación con temor y temblor—porque es Dios quien obra en vosotros—, entrad en comunidad con este altar. Reconoced en el pan lo que pendió de la Cruz, y en el cáliz lo que se derramó de su costado. Pues también los sacrificios de la Antigua Alianza con toda su abigarrada pluralidad eran una imagen del único sacrificio venidero. Pues Cristo mismo es el cordero, por la inocencia de su sencillo ánimo, y el cabrito, por su semejanza a la carne de pecado. Y todo lo que fué prefigurado de múltiples modos en los sacrificios del Antiguo Testamento, pertenece al único sacrificio que ha sido revelado en el Nuevo.

Recibid, pues, y comed el Cuerpo de Cristo, vosotros que en el Cuerpo de Cristo os habéis hecho miembros de Cristo; recibid y bebed la sangre de Cristo. No os volváis a desatar, comed el vínculo de vuestra unidad; conoced vuestra dignidad, bebed vuestro precio. Del mismo modo que esto se convierte en vosotros, al comerlo y beberlo, así vosotros os convertís en Cuerpo de Cristo, si vivís piadosa y dócilmente... Recibiendo en El la vida, sois una carne con El. Pues este misterio no significa la carne de Cristo de modo que os separe de ella. El Apóstol dice que esto estaba profetizado en la Escritura: «Ambos serán una sola carne» (*1 Cor.* 10, 17). Y en otro lugar dice de la Eucaristía misma: «un único pan, un cuerpo único, somos nosotros a pesar de ser muchos». Así empezáis a recibir ahora lo que habéis empezado a ser...

Y lo recibiréis dignamente si os cuidáis de la «levadura de las falsas doctrinas», para que seáis «pan ázimo en pureza y verdad»; o si conserváis la levadura del amor, que «una mujer puso en tres medidas de harina, hasta que todo fermentara». Pues aquella mujer es la sabiduría de Dios, que vino a carne mortal por una Virgen y predicó su Evangelio por toda la tierra, que había repartido después del diluvio entre los tres hijos de Noé, como en tres medidas, hasta que toda ella fermentara. Esto es el «todo», llamado 'holon' en griego, en que vosotros, conservando el vínculo de la paz, seréis «conforme al todo», es decir, *Katholon*, de donde viene el nombre de Iglesia católica.»

El tema de la unidad entre Cristo y los cristianos está tratado con especial fuerza en un sermón sobre la primera epístola de San Juan (*Sermón* 10, 3).

«En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios» (*1 Jo.* 5, 2). ¿Qué es esto, hermanos? Inmediatamente antes, San Juan habla del Hijo de Dios, no de los hijos de Dios; Nizar nos puso a considerar el Cristo único, y nos dijo: «Todo el que cree que Jesús es el Cristo, éste es nacido de Dios, y todo el que ama al que le engendró, ama al engendrado de El», es decir, al Hijo nuestro Señor Jesucristo. Y continúa: «en esto reconocemos que amamos a los hijos de Dios»; como que quisiera decir: en esto reconoceremos que amamos al Hijo de Dios; pero dice «hijos de Dios» habiendo dicho inmediatamente antes Hijo de Dios. Pues los hijos son el Cuerpo del unigénito Hijo de Dios; como El es la Cabeza y nosotros los miembros, sólo hay un Hijo de Dios. Quien ama, pues, a los hijos de Dios, ama al Hijo de Dios; y quien ama al Hijo de Dios ama al Padre: y nadie puede amar al Padre si no ama al Hijo; y quien ama al Hijo, ama también a los hijos de Dios. ¿Qué hijos o niños de Dios? Los miembros del Hijo de Dios. Y justamente por amarlos se hace El mismo, por el amor, un miembro del conjunto del Cuerpo de Cristo; y así será un Cristo único que se ama a sí mismo *et erit unus Christus amans seipsum*. Pues cuando los miembros se aman unos a otros, se ama a sí mismo el Cuerpo. Y cuando un miembro padece, todos los miembros padecen con él; y cuando un miembro es honrado, todos los miembros se alegran con él. Y ¿cómo continúa San Pablo?, pero vosotros sois cuerpo de Cristo y sus miembros (*1 Cor.* 12, 26 s.). Juan hablaba poco antes del amor fraternal y decía: «quien no ama al hermano a quien ve, ¿cómo puede amar a Dios, a quien no ve? (4, 20). Y cuando amas al hermano, ¿acaso amas sólo al hermano y no a Cristo? ¿Cómo ya a ser eso, si amas a un miembro de Cristo? Por tanto, cuando amas a un miembro de Cristo, amas a Cristo; cuando amas a Cristo, amas al hijo de Dios, y si amas al Hijo de Dios, amas también al Padre. El amor es, por tanto, indivisible. Elige lo que quieres amar. Lo demás se sigue por sí solo necesariamente. Dí: yo amo sólo a Dios, a Dios Padre. Mientes. Si le amas, no le amas a El sólo, sino que si le amas, amas también al Hijo. Si, dices; amo al Padre y al Hijo, pero sólo a Ellos: a Dios Padre y a nuestro Señor Jesucristo, que subió al cielo y está sentado a la derecha del Padre, al Verbo, por quien todo fué hecho, que se hizo carne y habitó entre nosotros; sólo a Ellos amo. Mientes; pues si amas a la Cabeza también amas a los miembros; pero si no amas a los miembros, tampoco amas a la Cabeza. ¿No temes la voz de la Cabeza, que desde el cielo grita por sus miembros: «Saulo, Saulo, por qué me persigues»? (*Act.* 9, 4). Le persigue, dice, quien persigue a sus miembros; le ama, quien ama a sus miembros. Sabéis quienes son los miembros de Cristo: la Iglesia de Dios. «Conoceremos que amamos a los hijos de Dios en que amamos a Dios» (*1 Jo.* 5, 2). ¿Cómo? No es distinto hijos de Dios, ¿y Dios? Sí, pero quien ama a Dios, ama sus mandamientos. ¿Y cuáles son los mandamientos de Dios? Un nuevo precepto os doy, que os améis los unos a los otros (*Jo.* 13, 34). Nadie se disculpe con otro amor ni invocando otro amor; este amor es así, ni más ni menos: del mismo modo que él es unidad, junta en unidad a todos los que de él proceden y les

funde como el fuego. Ahí está el oro; se funde la masa y se hace unidad; pero si la llama del amor no enciende el fuego, los muchos no pueden juntarse en unidad. Conocemos que amamos a Dios en que amamos a los hijos de Dios.»

2. Podríamos citar muchos más textos de Santos Padres; todos ellos atestiguan que la Iglesia es el cuerpo de Cristo. Aparte de esto aparecen claramente dos motivos:

a) Muchos Padres defienden la tesis de que el Logos asumió al hombre en la encarnación. Encontramos esta doctrina en San Ireneo, Melitón de Sardes y Metodio de Olimpia. En último término se apoya en Efesios y Colosenses, ya que San Pablo dice que Cristo es la cabeza del universo, aunque no dice que el universo sea el cuerpo de Cristo, y que todas las cosas serán recapituladas en Cristo. ¿Cómo explicar esta doctrina de San Pablo? Evidentemente San Pablo afirma que Cristo tiene una relación especial con el universo. El universo es todo el mundo, todas las cosas del cielo y de la tierra. El universo ha sido sometido a Cristo; todos los poderes están sometidos a El y El es su Señor; es Señor del universo de manera distinta a como es señor de la Iglesia; de ella es Señor como la cabeza de su amada esposa. En cuanto que los poderes están a su disposición son configurados por la Iglesia, enviada y mandataria de Cristo; pero en cuanto que esos poderes están poseídos de sí mismos, son hechos prisioneros por Cristo. Las palabras de San Pablo significan, pues, dos cosas: creación de la verdadera relación de los seres entre sí y creación de la verdadera relación de los seres a Cristo o a Dios; esta última en el sentido de la subordinación.

Parece que los Padres citados en la polémica contra el gnosticismo y su mito del hombre primero le hicieron una concesión, ya que entienden la encarnación en el sentido amplio de asunción de la humanidad total. En la Iglesia se realiza lo empezado en la encarnación: la pertenencia de los hombres a Cristo. Pero la diferencia entre esta teoría y el gnosticismo se ve en el hecho de que según los Padres citados el desarrollo de la nueva humanidad, dada potencialmente en Cristo, sólo se logró por la fe y el amor y no por un proceso cósmico. Justamente por eso luchó San Ireneo contra el gnosticismo. Se trataba de lo personal e histórico-salvador frente a lo metafísico-natural de los gnósticos.

San Atanasio tuvo que defender la fe ortodoxa contra el arrianismo. Para ello tuvo que estudiar los textos de la Escritura que parecían negar a Cristo la consustancialidad con el Padre, y que eran

justamente los que los arrianos aprovechaban. Esto le llevó a afirmar que Cristo había asumido a los hombres en cuanto que era representante de todos ellos. La unidad entre Cristo y los cristianos sería, pues, representativa. Va aún más allá y dice que en Cristo está representado de antemano el hombre nuevo, que ha logrado su forma y estructura social, desarrollada en la Iglesia. Ve, pues, en Cristo el anteproyecto de la Iglesia que es la explicación y desarrollo de lo prefigurado en Cristo.

b) Especial importancia tiene la tesis comúnmente defendida por los Santos Padres de que la Iglesia es el cuerpo de Cristo, porque en ella se come el cuerpo eucarístico del Señor. Desde Tertuliano encontramos esta tesis que perdura hasta la primera Escolástica e incluso hasta principios del siglo XIII. La Iglesia participa del cuerpo sacramental de Cristo; por eso es el cuerpo de Cristo. Según San Hilario los cristianos están en Cristo y Cristo en ellos por el sacramento de la carne y de la sangre. Los cristianos son cuerpo de Cristo por su unidad en el sacramento del cuerpo de Cristo; esa unidad se expresa en el amor recíproco de los creyentes, que tiene sus raíces en el hecho de que Cristo asumió el cuerpo de todos nosotros en la encarnación haciéndose así prójimo de todos; pero la unidad de la eucaristía es la que da a esa unidad su fuerza y configuración verdaderas. De modo parecido piensa San Juan Crisóstomo, que se distingue de los Padres anteriores en que ya no ve el fundamento de la unidad de Cristo y la Iglesia en el ser real o potencial de los hombres en el Cristo histórico; no usa ese presupuesto y le sustituye por la presencia real del Cristo histórico en el pan eucarístico; la eucaristía se convierte, por tanto, en razón principal y en centro de la unidad de los cristianos con Cristo en el cuerpo de la Iglesia.

La doctrina de San Agustín tiene muchos estratos. Podemos resumirla de la manera siguiente: en primer lugar hay que decir que también San Agustín defendió la teoría de la asunción; la encarnación del Hijo de Dios significa, por tanto, también según él, la asunción de todo el hombre. Esta afirmación debe interpretarse en el sentido de que Cristo está solidariamente unido con toda la humanidad y, por tanto, obra y habla en su nombre y en lugar suyo; Cristo es representante de la humanidad porque está ordenado a toda la humanidad; esta ordenación se realiza gracias a la Iglesia. El hombre es incorporado a la humanidad ampliada de Cristo, a su cuerpo, por el sacramento del bautismo. El bautismo es, por tanto, el sacramento de la incorporación; la eucaristía es el sacramento

del intercambio de vida entre Cristo-Cabeza y los miembros de su cuerpo, la Iglesia. Eucaristía e Iglesia están, pues, íntimamente unidas entre sí. Quien participa de la eucaristía es hecho continuamente partícipe del espíritu de Cristo. Sólo se puede celebrar la eucaristía y recibir el espíritu de Cristo dentro de la Iglesia. Los pecadores están excluidos de la eucaristía.

Según San Agustín, la eucaristía es el sacramento tanto del Cristo histórico como del Cristo total que abarca el cuerpo y la cabeza; es a la vez sacramento de la unidad y de la caridad (*Explicación del Evangelio de San Juan* 26, 13). En polémica contra el particularismo de los donatistas, San Agustín acentúa la función unitiva de la eucaristía. Sería interpretar falsamente a San Agustín creerle simbolista respecto a la eucaristía, porque dice que la eucaristía es signo eficaz de la unidad de la Iglesia. Más bien ocurre lo contrario: la eucaristía sólo puede ser signo eficaz de esa unidad, si de hecho contiene el cuerpo concreto e histórico de Cristo. La acentuación de la función unitaria de la Eucaristía exige el realismo eucarístico. De hecho San Agustín enseña que en la Eucaristía Cristo ofrece la carne que tuvo durante su vida terrena (*Explicación del salmo* 98, 9). Cfr. *De Baptismo* 5, 8, 9. Ve además en la eucaristía la memoria del sacrificio de la cruz... Cristo es aquí y allí sacerdote oferente y víctima ofrecida. El sacrificio de la cruz fué único e irrepetible, pero diariamente celebra la Iglesia el sacramento de ese sacrificio y ella misma hace un sacrificio (*De civitate Dei* 10, 20; *Contra Faustinum* 20, 18). A consecuencia de la estrecha relación de Cristo con la Iglesia, la Iglesia se ofrece a sí misma cuando ofrece el sacrificio de Cristo al Padre. Mediante Cristo la Iglesia es en la eucaristía don sacrificial y sacerdote oferente (*De civitate Dei* 6, 10; 10, 20; *Sermón* 227; *Explicación del salmo* 33). Los signos eucarísticos—pan y vino—son símbolos del cuerpo histórico de Cristo presente en la eucaristía y del cuerpo místico de la Iglesia. (A veces San Agustín llama cuerpo místico al cuerpo individual-histórico de Cristo presente en la eucaristía). El contenido, la *res sacramenti* es, por tanto, el Cristo que abarca la cabeza y el cuerpo (*Explicación del Evangelio de San Juan* 26, 7). Pero la cabeza está presente según su realidad histórica aunque misteriosamente. Por eso precisamente puede decir San Agustín: «Si vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros, es vuestro misterio el que está encima del altar. Vosotros recibís vuestro misterio... sois lo que veis, y recibís lo que sois» (*Sermón* 179; cfr. *Sermón* 272 y 229). San Agustín aplica a su

tesis de la función unitaria de la eucaristía la imagen de la unidad natural en el pan y en el vino, muy difundida desde la «Didache». El pan y el vino se hacen después de un proceso trabajoso y también a la Iglesia le cuesta muchos trabajos el incorporar a sus hijos plenamente a la nueva unidad del cuerpo de Cristo, cuyo misterio reciben ahora en la eucaristía.

¿Cómo se entiende la presencia—afirmada por San Agustín—, del cuerpo místico de Cristo en la eucaristía? No es metafísico-estática, sino ontológico-dinámico-actualística. Los miembros del cuerpo de Cristo están presentes en el sacramento de la eucaristía, porque se ofrecen a sí mismos y se ofrecen con su cabeza, Cristo. Esto ocurre por el amor que San Agustín llama *caritas* y distingue del amor llamado *cupiditas*; el amor en que el hombre se ofrece tiene dos direcciones: una hacia arriba y otra hacia todas partes; se mueve, pues, en vertical y en horizontal. En él se eleva el hombre a Dios (San Agustín usa muchas veces la expresión *sursum corda*) y dentro del cuerpo místico de Cristo se dirige a todos los miembros. El hombre sólo es capaz de esa ascensión a Dios, porque Cristo bajó antes, es decir, en Cristo y por Cristo, la cabeza, que mueve a su cuerpo místico hacia donde El vive ya: hacia el Padre celestial. La Eucaristía es, como dice San Agustín, en unos lugares cada día y en otros cada cierto tiempo, el lugar y el modo de esta subida al Padre, porque en la Eucaristía se ofrece al Padre el cuerpo místico de Cristo por medio de la cabeza. Por otra parte la eucaristía no tendría ningún sentido si los participantes no se elevaran a Dios por medio de Cristo en el amor alimentado por la fe en Cristo. Este amor que eleva al Padre y que se dirige a los hermanos, no sólo es efecto de la eucaristía, sino un elemento de su estructura; pertenece a la estructura de la *res* eucarística, es decir, al contenido mentado por el signo sacramental. San Agustín aplica aquí categorías formales y no causales. Estas reflexiones demuestran que sólo los santos pueden participar con pleno sentido de la eucaristía; sólo quienes están llenos de caridad. De los pecadores y cismáticos dice San Agustín: «Quien recibe el misterio de la unidad y no mantiene el vínculo de la paz, no recibe el misterio a favor suyo, sino como un testimonio en contra» (*Sermón 272*). Tal sacrificio es rechazado. Dios exige sacrificio pero no el sacrificio del cuerpo torturado, sino el sacrificio del corazón contrito; no tiene ningún valor ofrecer el sacrificio en el altar de piedra y no ofrecerlo en el altar del corazón; Dios pide el sacrificio que es quemado para él por el fuego de la

caridad en el altar del corazón. Como es la caridad encendida por el Espíritu Santo, lo que reúne en unidad a los miembros del cuerpo místico y es el amor que todo lo une y en el que es ofrecido el sacrificio del corazón, San Agustín puede decir: éste es el sacrificio de los cristianos: muchos un solo cuerpo en Cristo. Y así se convierte en sacrificio todo acto de caridad, toda obra de misericordia, todo buen consejo, porque en todas esas acciones el hombre se entrega a Dios en la caridad. No puede entenderse esta tesis agustiniana como exclusivamente afirmada de la teología moral; porque cada movimiento del corazón tiene, según él, su punto de partida en Cristo, en la unión con la cabeza que se realiza continuamente en la celebración eucarística como movimiento sacrificial del Cristo total que comprende el cuerpo y la cabeza. Todo acto de amor es, por tanto, una representación del acontecer eucarístico.

Como la celebración de la Eucaristía implica como elemento estructural el movimiento amoroso del cuerpo místico de Cristo hacia el Padre y hacia los demás miembros, lleva también en sí el anhelo de plenitud. El contenido eucarístico (*res*) sólo logrará su plena figura en el futuro; el sacramento de la eucaristía es, pues, para el cuerpo de Cristo el *sacramentum spei*. Apunta al fin de los tiempos. Allí el descanso de los justos no consistirá ya en el sacramento de la esperanza, en el que la época presente de la Iglesia realiza su unidad mientras bebe lo que manó del costado de Cristo» (*Contra Faustinum* 12, 20; Fr. Hofmann, *Der Kirchenbegriff des heiligen Augustinus* 1933, 390-413; cfr. Ratzinger, *o. c.*).

La doctrina agustiniana de la relación entre la eucaristía y la Iglesia-cuerpo de Cristo, es decir, entre el cuerpo sacramental y el cuerpo místico de Cristo pervive hasta finales del siglo XII; aparece en innumerables textos; suelen coincidir en que el hombre está en la Iglesia porque recibe el cuerpo eucarístico y sólo puede recibir el cuerpo sacramental en el cuerpo que representa la Iglesia. En esta concepción se reúnen el realismo eclesiológico y el eucarístico. No es razón que se demuestre la realidad del cuerpo sacramental de Cristo partiendo de la realidad de la Iglesia. Según esto, la Iglesia no podría ser un fenómeno real si el cuerpo sacramental de Cristo no fuera real. Es cierto que muchas veces se dice que la eucaristía es un símbolo del cuerpo de Cristo, pero esta afirmación no significa que exista una concepción puramente simbólica de la eucaristía frente a la concepción realista, sino que tal formulación alude a que el cuerpo eucarístico está referido al cuerpo eclesiológico de Cristo: un

realismo condiciona al otro (véase Henri de Lubac). Desde principios del siglo XIII la idea de la Iglesia como cuerpo de Cristo se fué independizando cada vez más del cuerpo sacramental; el cuerpo sacramental no volvió a ser considerado como la realidad íntima y oculta del cuerpo eclesiológico, sino como su causa y consecuencia. La consideración causal sustituye a la formal y estructural en la visión de las relaciones entre la eucaristía y la Iglesia. Cada una de las dos realidades fué distinguiéndose agudamente de la otra en su ser característico. Esto condujo a ver sus relaciones recíprocas como relación de causa y efecto, a lo que contribuyó el aristotelismo. Este proceso aclaraba las cosas, pero corría el peligro de separar excesivamente la eucaristía de la idea de la Iglesia-cuerpo de Cristo. La magnitud del peligro puede verse en los estudios sobre la eucaristía de los siglos XIV y XV; en ellos muchas veces sólo se habla de la transustanciación y de la presencia real de Cristo y se pasa por alto la fuerza configuradora de la Iglesia propia de la eucaristía. Santo Tomás de Aquino todavía ve clara la relación entre eucaristía e Iglesia y la entiende como relación de causa y efecto.

Pío XII ha llamado la atención expresamente sobre la copertenencia y estrecha relación de la eucaristía y de la Iglesia-cuerpo místico de Cristo. Dice entre otras cosas: «Lo que llevamos expuesto de esta estrechísima unión del Cuerpo místico de Jesucristo con su Cabeza, nos parecería incompleto, si no añadiéramos aquí algo cuando menos, acerca de la Santísima Eucaristía, que lleva esta unión como a su cumbre en esta vida mortal.

»Quiso Cristo nuestro Señor que esta admirable y nunca bastante alabada unión, por la que nos juntamos entre nosotros y con nuestra divina Cabeza, se manifestara a los fieles de un modo singular por medio del sacrificio eucarístico. Porque en él los ministros sagrados hacen las veces no sólo de nuestro Salvador, sino también del Cuerpo místico y de cada uno de los fieles; y en él también los mismos fieles reunidos en comunes deseos y oraciones, ofrecen al Eterno Padre por las manos del sacerdote el Cordero sin mancha hecho presente en el altar a la sola voz del mismo sacerdote, como hostia agradabilísima de alabanza y propiciación por las necesidades de toda la Iglesia. Y así como el Divino Redentor, al morir en la Cruz, se ofreció, a sí mismo, al Eterno Padre como Cabeza de todo el género humano, así también en esta oblación pura (*Mal. 1, 11*) no solamente se ofrece al Padre Celestial como Cabeza de la Iglesia, sino que ofrece en sí mismo a sus miembros místicos, ya que a todos

ellos, aún a los más débiles y enfermos, los incluye amorosísimamente en su Corazón.

»El sacramento de la Eucaristía, además de ser una imagen viva y admirabilísima de la unidad de la Iglesia—puesto que el pan que se consagra se compone de muchos granos que se juntan, para formar una sola cosa (cfr. *Didache* 9, 4)—nos da al mismo autor de la gracia sobrenatural, para que tomemos de El aquel espíritu de caridad que nos haga vivir no ya nuestra vida, sino la de Cristo y amar al mismo Redentor en todos los miembros de su Cuerpo social» (traduc. citada, núms. 35-36).

3. Esta visión resumida de la doctrina de los Santos Padres indica que los Padres y, sobre todo, San Agustín, no siempre expusieron la doctrina paulina de la Iglesia-cuerpo de Cristo con toda su amplitud. San Agustín destaca la unión con Cristo de los miembros de la Iglesia; ni niega ni descuida la estructura visible, sino que la polémica contra los donatistas le obliga a subrayar la visibilidad de la Iglesia. Pero siempre que considera a la Iglesia como cuerpo de Cristo le importa más la interna comunidad de gracia que la estructura visible. Al estudiar la visibilidad de la Iglesia explicaremos más detenidamente este hecho.

La doctrina agustiniana fué continuada en la teología medieval. Incluso Santo Tomás de Aquino entiende la doctrina paulina de la Iglesia como cuerpo de Cristo preferentemente como comunidad en la gracia; apenas le da ocasión de estudiar el aspecto visible de la Iglesia; en la imagen de la Iglesia como cuerpo de Cristo ve atestiguada sobre todo su unidad y unión con Cristo.

La teología posterior conserva y amplía este punto de vista. Vamos a citar como ejemplo al teólogo francés Tournely (1658-1729). De acuerdo con toda la teología postridentina distingue el aspecto invisible y el aspecto visible de la Iglesia; no coinciden sino que son en cierto modo como dos campos o círculos secantes. El ámbito de la Iglesia invisible es a la vez mayor y menor que el ámbito de la Iglesia visible, ya que hay cosas que pertenecen a la Iglesia invisible sin pertenecer a la visible y viceversa. Tournely, también de acuerdo con la teología de su tiempo, identifica la Iglesia invisible con el cuerpo de Cristo. En esta concepción de la Iglesia ocurre que la Iglesia visible es excluída de la idea de Iglesia total como cuerpo de Cristo. Habría que preguntar si en esta concepción que distingue una Iglesia invisible no está influyendo la teoría protestante de que la

Iglesia es la comunidad invisible en el Espíritu Santo. La teología postridentina destacó intencionadamente la visibilidad de la Iglesia, pero en la cuestión que nos ocupa pudo sin duda influir el protestantismo. En todo caso la doctrina paulina de la Iglesia como cuerpo de Cristo no fué bien entendida. Sólo la encíclica *Mystici Corporis* superó, por fin, esa estrecha interpretación de la doctrina paulina; por primera vez se recupera su pleno sentido; según la encíclica el cuerpo místico de Cristo es la Iglesia una, católica y romana. Esto plantea un difícil problema: si sólo la Iglesia católica y romana puede llamarse cuerpo místico de Cristo, los que no pertenecen a la Iglesia católica y romana ¿no pertenecen a la Iglesia de ninguna manera? En la teología moderna se podía decir que pertenecían a la interna comunidad de gracia, como si dijéramos al alma de la Iglesia. Pero si la interna comunidad de gracia no llega hasta el ámbito de la Iglesia visible, esa respuesta ya no es posible, porque el cuerpo místico de Cristo se identifica con la Iglesia romana. La cuestión tiene importancia existencial, porque fuera de la Iglesia nadie puede salvarse. Responderemos a esta cuestión al estudiar la visibilidad de la Iglesia. Cfr. A. Mitterer, *Geheimnisvoller Leib Christi. Nach St. Thomas von Aquin und nach Papst Pius XII*, Wien 1950. Th. Zapelena, S. J., *De ecclesia Christi*, 2 vols., Roma 1954-1955. M. Schmaus, *Die Kirchengliedschaft nach Tournely*, *Festschrift fuer J. Lortz*, P. Tromp, S. J., *Corpus Christi quod est ecclesia. I. Introductio generalis*, Roma 1937.